



CORANTIOQUIA



**MARCAS DE AGUA**

Relatos, memorias y evidencias

MARCAS DE AGUA

Relatos, memorias y evidencias

## MARCAS DE AGUA

Relatos, memorias y evidencias  
ISBN: 978-958-57280-4-2

Alejandro González Valencia  
DIRECTOR GENERAL

Saulo Hoyos  
Juan Camilo Restrepo LL.  
Oscar Mejía  
Jorge Ángel  
PROFESIONALES ESPECIALIZADOS

Juan Guillermo Romero  
INVESTIGACIÓN Y TEXTOS

Marta Salazar Jaramillo  
COORDINACIÓN EDITORIAL

Lina María Pérez Giraldo. Punto Tres  
DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Punto Tres  
IMPRESIÓN

Primera Edición  
Medellín, Colombia  
2012

CORANTIOQUIA  
Carrera 65 No. 44A - 32  
Medellín, Colombia  
PBX 4938888  
[www.corantioquia.gov.co](http://www.corantioquia.gov.co)

Distribución gratuita

Permitida la reproducción parcial o total de esta publicación con fines pedagógicos citando las respectivas fuentes. Publicación elaborada en papel ecológico que en su fabricación ha tomado en cuenta medidas concretas para evitar impactos ambientales sobre el patrimonio natural.

Esta publicación se puede descargar en la página web:  
[www.corantioquia.gov.co](http://www.corantioquia.gov.co)



## CONTENIDO

Presentación	Pág.7
1. Pueblos de Agua	Pág.9
2. Las Aguas de todos	Pág.25
3. Historias saladas	Pág.41
4. La Laguna Virgen	Pág.55
5. La Tragedia de El Barro	Pág.65
6. El corregimiento en el que todos sus habitantes son compadres	Pág.81
7. El río Medellín son muchas aguas	Pág.97
8. Los pescadores de Berrío	Pág.111

## PRESENTACIÓN

**M**ucho nos enorgullecemos de la diversidad de nuestro país. La Constitución de 1991 dijo además, que todos los colombianos tenemos derecho al agua. El ciclo vital del agua es una de las primeras lecciones que todos aprendemos en la escuela. Los medios anuncian que las próximas guerras serán por el agua. Y a pesar de todo esto ¡cuán poco conocemos los colombianos sobre el inconmensurable valor de nuestra gran diversidad de aguas, sean estas un gran río, un pequeño caño o un hilito de agua!

Mientras que algunos ven las corrientes de agua como los depósitos de todo tipo de desechos, otros las quisieran cubiertas y algunos más las secan incluso, para ganar mayor espacio en sus distintos proyectos. Pero por fortuna, al mismo tiempo, hay también muchas personas que por iniciativa propia o al participar del trabajo de las Corporaciones Ambientales o las distintas Organizaciones No Gubernamentales y comunitarias intentan relacionarse con el agua de otra forma, al valorar en sus rutinas diarias el sinnúmero de procesos que protagoniza este precioso líquido, motor indispensable de nuestra existencia.

Marcas de agua. Relatos, memorias y evidencias tiene el propósito de contribuir a la difusión de diversas experiencias a partir de distintos escenarios y testimonios.

Comprender que el río Medellín es mucho más que ese trayecto rectificado de aguas oscuras que atraviesa esta ciudad o el lugar en donde se pueden fabricar las mejores postales navideñas, gracias a los alumbrados; enterarnos del aprovechamiento que los indígenas Zenúes

hacían de las inundables tierras que configuran La Mojana, un territorio que a pesar de la tecnología de hoy, año tras año se convierte en un problema irresoluble en cada nueva temporada invernal; entender los riesgos que acarrea la rampante desinformación que nos afecta a todos sobre los eventos catastróficos ligados a las corrientes de agua; valorar el manejo descentralizado de éstas por parte de los acueductos comunitarios o veredales, una vía para potenciar la preservación de las bocatomas e incrementar la valoración del agua por parte de las comunidades; saber un poco más de la entrañable relación de los pescadores con la dinámica de los ríos, los caños y las ciénagas que los alimentan; comprender la importancia de proteger todas las especies que se mueven por estas corrientes de agua; valorar la presencia de las fuentes de agua salada, cuya utilización le ha aportado históricamente a la economía de pueblos enteros y aún hoy, de muchas familias en distintos lugares del país; y palpar con la descripción del majestuoso camino que conduce a una prístina laguna que muy pocos han visto, son los ejes de las ocho crónicas que configuran esta publicación.

Marcas de agua. Relatos, memorias y evidencias es un libro que más allá de denunciar la grave situación en que se encuentra nuestro recurso hídrico, busca dar cuenta de las diversas significaciones que las corrientes de aguas encarnan en cada uno de los ecosistemas que riegan; incluidas por supuesto, las comunidades que dependen de ellas de manera inmediata; pero más aún, todos los demás seres humanos, habitemos el campo o vivamos en la ciudad, pues sin importar la distancia que nos separa de esas aguas, este texto quiere ayudarnos a comprender que un río, una ciénaga, un caño, un arroyo, un hilito de agua y por qué no, nuestras lágrimas forman parte de ese gran sistema que es la naturaleza; para que al fin dejemos de pensar que La Tierra se halla separada por temáticas y a recuadros, tal como la muestran los libros de ciencias naturales: aquí, los ríos; allá, los bosques y más allá, el hombre. La naturaleza somos todos, y nuestra dependencia del agua, siempre saludable y en ocasiones, convertida en una bestia salvaje, es la única medida de nuestra especie que, hasta ahora, resulta irrefutable.



## Pueblos de Agua

(Nechí y Caucasia)

Año tras año, durante la época invernal, La Mojana se vuelve famosa. Al estilo de esas historias que bien pueden etiquetarse como “lo mismo que antes”, son muchas las fotografías, videos y hasta los titulares que la prensa, la radio y la televisión parecieran reutilizar cada temporada invernal para referirse a este lugar: Ola invernal deja en la Mojana más de cien damnificados; las ayudas aún no llegan a la Mojana; la Mojana, nuevamente materia de estudio; La Mojana, crónica de una tragedia anunciada son algunas de las frases a las que ya muchos colombianos comienzan a acostumbrarse, sin que por ello, el país haya aprendido a valorar esta subregión a la que pertenecen once municipios de cuatro departamentos (Magangué, Achí y San Jacinto del Cauca, en Bolívar; San Marcos, Guaranda, Majagual, Sucre, Caimito y San Benito Abad en Sucre; Ayapel, en Córdoba; y Nechí, en Antioquia). Once localidades, en cuya historia, eternamente ligada al agua, radica la clave para entender de otra manera esos quince minuticos de “gloria” que nuestros medios le conceden a este pedazo de Colombia cada temporada invernal, y que dependiendo de las dimensiones de la tragedia, a veces son meros inventarios de cifras sobre los damnificados y el número de hectáreas inundadas y en otras ocasiones, conmovedoras secuencias de imágenes que muestran gente y animales caminando con el agua al cuello; datos e imágenes que, en todo caso, muy seguramente se desempolvarán una vez más el siguiente año, cuando llegue un nuevo invierno.

*“No hay que ser un geólogo para entender que la Mojana es por esencia una zona de aguas. Lo que sucede es que siempre queremos*

*adaptar los ecosistemas a nuestros intereses y no al revés, como debería ser. La Mojana y el Bajo Cauca antioqueño van camino de convertirse en los mejores espacios pedagógicos para apreciar la capacidad predadora del hombre; y eso si acaso nos tomamos la tarea de contarles a las nuevas generaciones cómo vivían los Zenúes, sus antiguos pobladores, para que la gente entienda que desde hace cientos de años, en estos lugares había inundaciones, pero que dichos indígenas no sólo convivían con ellas, sino que incluso, las aprovechaban”, comenta Jorge Rivera, director del Jardín Hidrobotánico Jorge Ignacio Hernández, ubicado en Cauca; un espacio que surgió como un Proyecto Ambiental Escolar del Liceo Concejo Municipal de esta localidad, con el propósito de establecer para la zona un modelo de conservación y sostenimiento de todo el inmenso universo que se aloja en la microcuenca de la quebrada El Atascoso, junto a la cual se asienta este Jardín; por eso, lo de hidrobotánico.*

**NECHÍ, 4 DE JULIO.**

¿Cuáles creen ustedes que son las principales problemáticas ambientales presentes en el Municipio de Nechí? Es una de las preguntas que deben trasladar a un mapa dibujado por ellos mismos, los participantes de la segunda sesión de la Mesa Ambiental de este municipio. Unas treinta personas que acogieron el llamado de CORANTIOQUIA y que al comienzo de la mañana parecían hallarse incómodas en la pequeña sede del Concejo Municipal, el lugar en donde se desarrolló la reunión. Muchos

de ellos, más que sentados en las anatómicas sillas destinadas para los debates de los concejales del pueblo, parecían más bien asomarse discretamente desde sus larguísimos espaldares. Sin embargo, una vez se dedicaron en pequeños grupos a la actividad propuesta: representar en un pliego de papel periódico el territorio que tantas veces han recorrido, todos sacaron a flote su experiencia como los pobladores de un lugar en el que a pesar de confluir una gran diversidad de saberes como la agricultura, la ganadería, la pesca, la minería y la explotación maderera, la ley del rebusque diario parece ser la que rige en la actualidad, la que domina hoy sus rutinas.

La denominada cultura anfibia, marca milenaria de los indígenas Zenúes, los habitantes más antiguos de esta zona, descrita entre otros por Orlando Fals Borda en su libro “Historia doble de la Costa” y por Clemencia Plazas en su texto “La Sociedad Hidráulica Zenú” se halla hoy sumamente disgregada, pues cada quien se las arregla para llevarse lo suyo, como si en lugar de sobrevivir gracias al inconmensurable entramado de relaciones que configuran el ecosistema que habitan, vivieran en uno de esos hipermercados en el que todo se halla separado por secciones, que muy poco o nada se relacionan entre ellas.

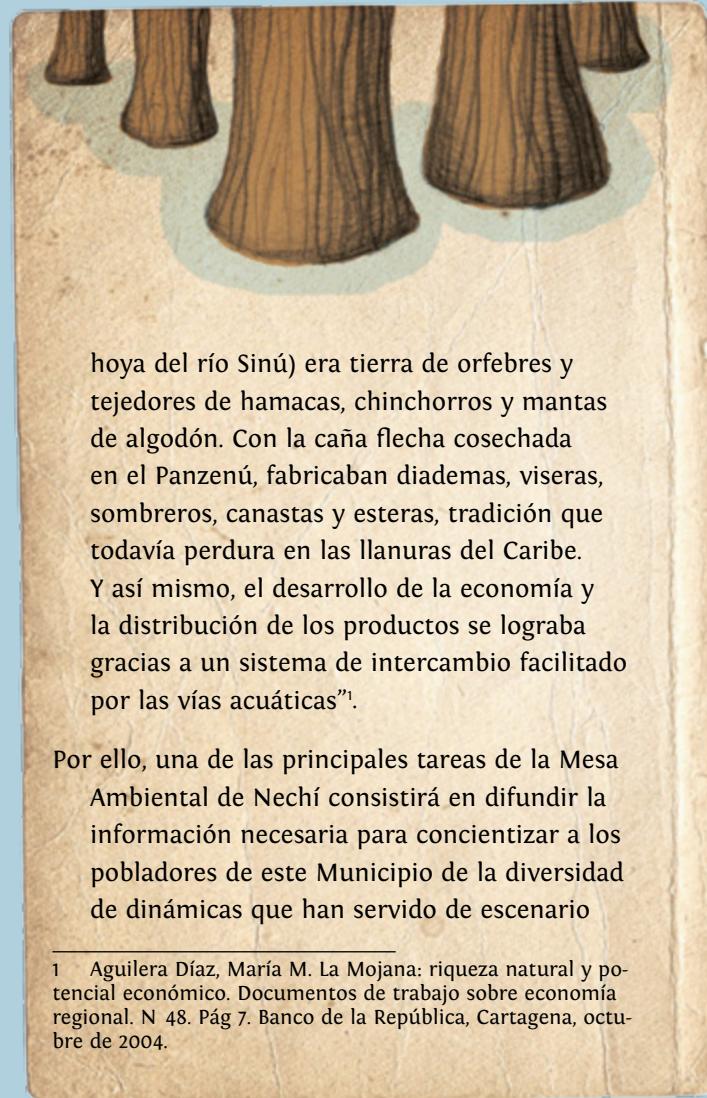
Los Zenúes fueron los indígenas que por miles de años habitaron no sólo la zona de Nechí y el Bajo Cauca, o la provincia de Zenufaná como ellos llamaban a este pedazo de La Mojana; sino también sus otras dos partes: las provincias de Panzenú y Finzenú, que fue el nombre que ellos le pusieron a las hoyas de los ríos San Jorge y Sinú, respectivamente. Habitaban toda

esta subregión que hace parte de la Depresión Momposina, un delta aluvial cuya importancia radica en servir de regulador a los cauces de tres de los ríos más importantes de Colombia: Magdalena, Cauca y San Jorge, los cuales al entrar en esta inmensa explanada, cuya extensión se acerca a las 500 mil hectáreas, pierden la velocidad que traen al descender entre montañas y se extienden en una especie de abanico; por eso, lo de delta aluvial. Así pues, estos ríos configuran junto a una gran diversidad de ciénagas, caños, brazos y arroyos que los circundan, todo un entramado de agua, cuyos niveles y cursos varían en cada época del año.

Pero tales variaciones no se producen sólo por la aparición de las lluvias que llegan con la época de invierno; y eso es algo que ya saben muchos de los asistentes a la naciente Mesa Ambiental de Nechí. A la fecha de este escrito, julio de 2012, una época de pleno verano, este municipio se halla, por ejemplo, incomunicado por vía terrestre debido a que el desbordamiento del río Cauca arrasó la carretera, una situación que ha encarecido la vida en esta localidad, pues la totalidad de los productos que llegan hasta ella deben ser transportados por agua desde Colorado, uno de sus corregimientos, ubicado a unos cuarenta minutos. ¿Culpa sólo del invierno? De ninguna manera, hay muchos más factores, coinciden todos. Lo dicen por igual la gente de la Administración Municipal, los pescadores, las mujeres que integran la Escuela de Líderes Ambientales, los profesores, los madereros e incluso, los siete adolescentes que se han inscrito en la Mesa Ambiental en representación de los grupos ecológicos escolares del pueblo. Sí, producto de sus rutinas diarias muchos habitantes de este municipio ya saben que la famosa ola invernal es sólo la pólvora luminosa que explota cada año, mientras día a día, las dragas de las

empresas mineras violentan la dinámica de las ciénagas y otros cuerpos de agua; los ganaderos desecan algunos caños y otras zonas pantanosas para ganar cada vez más terrenos para los miles de búfalos que pastan en la región; y los pescadores no respetan la talla mínima de las especies que extraen de los diferentes cuerpos de agua; por mencionar sólo algunas de las tantas acciones que desmienten la armoniosa relación que establecieron los primeros habitantes de esta zona con ese rico universo que les permitió subsistir sin ningún problema por varias centurias.

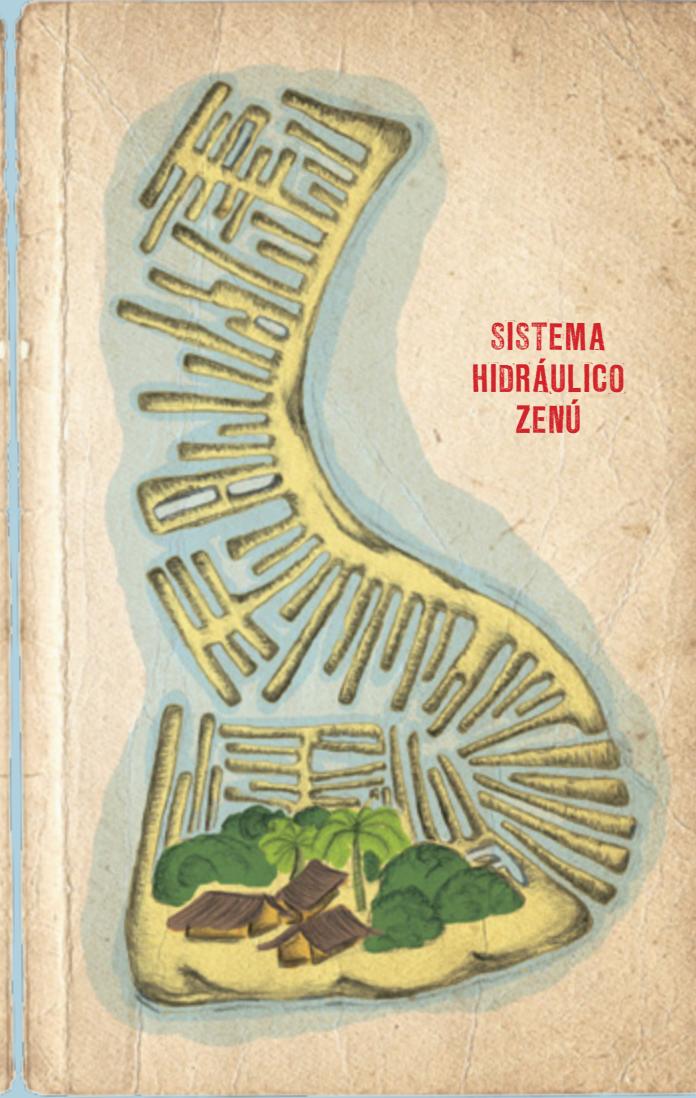
Los Zenúes consumían lo que sus tierras producían; es decir, aplicaban lo que pregonan hoy los expertos más respetados en materia de territorios sostenibles. Y aunque sólo bastaría citar el crecimiento de la población en estas épocas para cuestionar dicha sentencia; sí resulta algo digno de tener en cuenta la demarcación productiva que hicieron estos indígenas en razón de las características y fortalezas de las tres provincias en que dividieron La Mojana: “Los alimentos los producían los agricultores y pescadores del Panzenú (Actual hoya del río San Jorge). Los ricos aluviones del Zenufaná (actuales Nechí y El Bajo Cauca) producían la materia prima para las comunidades orfebres, y el Finzenú (Actual



hoya del río Sinú) era tierra de orfebres y tejedores de hamacas, chinchorros y mantas de algodón. Con la caña flecha cosechada en el Panzenú, fabricaban diademas, viseras, sombreros, canastas y esteras, tradición que todavía perdura en las llanuras del Caribe. Y así mismo, el desarrollo de la economía y la distribución de los productos se lograba gracias a un sistema de intercambio facilitado por las vías acuáticas”<sup>1</sup>.

Por ello, una de las principales tareas de la Mesa Ambiental de Nechí consistirá en difundir la información necesaria para concientizar a los pobladores de este Municipio de la diversidad de dinámicas que han servido de escenario

<sup>1</sup> Aguilera Díaz, María M. La Mojana: riqueza natural y potencial económico. Documentos de trabajo sobre economía regional. N 48. Pág 7. Banco de la República, Cartagena, octubre de 2004.



### SISTEMA HIDRÁULICO ZENÚ

para la historia de este inconmensurable ecosistema, en donde se asienta esta localidad antioqueña. “Como uno es un pescador de los viejos, sabe por ejemplo que el sonido de cada ciénaga es distinto, o era distinto, ya casi ni suenan. La de Londres sonaba diferente a la de El Sapo; y lo mismo los caños como El Guamo, Caserí, San Pedro, San Pablo y Trinidad, Caño Barro, Caño Grande. Digamos que esos son los que quedan porque muchos se han secado o han cambiado su rumbo. Hay caños que ya ni siquiera saben para dónde van, así como lo oye; hay caños que llegan a la ciénaga y se devuelven, como si ella no quisiera recibirlos. Pero además, uno, a ciertas horas del día, sentía el ensordecedor ruido de los grillos, o sabía que lo mejor era golpear la canoa para que las babillas se fueran, y uno las veía irse; en cambio ahora hay que pagar pa’ ver una” comenta Jorge Galván, uno de los pescadores más antiguos de la zona.

Al parecer, son muchas las imágenes en vía de extinción que pueblan los cerebros de los viejos pescadores de esta subregión, esas personas que con los años, han aprendido a leer hasta los más

pequeños movimientos de las aguas, igual de un río que de una ciénaga o un caño. *“cuando uno veía esa gran cantidad de coyongo, una garza que es muy parecida a la gruya, uno sabía que estaba empezando la subienda; lo mismo si aparecía el pato guyo, como lo llamamos nosotros, que es fijo que se para en donde hay pescado”*, comenta José Gabriel Díaz, otro pescador de Nechí.

En efecto, los pescadores expertos saben identificar qué tipo de peces se aproximan por la onda que producen sus movimientos en el agua: *“la del Bocachico es grande, mientras que la de Los Viejitos, que se amontonan, se agita más, pero es de cresta muy pequeña. Lo que pasa es que ahora cualquiera es pescador usted sólo tiene que conseguirse un trasmallo y una chalupa. En cambio, los pescadores de verdad, sabemos tirar una atarraya, y sobre todo, tejerla. Los trasmallos nos volvieron flojos, convirtieron este oficio en mero rebusque. Un trasmallo es muy barato y como la malla es pequeña, eso siempre atrapa peces, pero el problema es que captura grandes y pequeños por igual, y ahí es cuando nosotros mismos acabamos con las únicas*



*fábricas que siempre nos dan trabajo: los ríos y las ciénagas”*. Señala Fidel Escorcía, uno de los pescadores de mayor experiencia en el municipio de Cauca.

Fidel Escorcía vive a las afueras de este municipio, junto a su hermano José, en un improvisado rancho de madera que se halla a unos metros del puente que cruza el Río Man. Una construcción que a pesar de parecerse mucho a los típicos tugurios de las grandes ciudades no transpira la urgencia de estos: no hay niños revoloteando ni mujeres envejecidas a punta de azarosas despedidas y repentinos trasteos sin rumbo fijo; ni tampoco hombres inventando desesperadamente cómo levantarse algo de dinero porque muy al contrario, todas las mañanas en este rancho siempre hay un enorme trozo de pescado que se asa al calor de un pequeño fogón de leña, mientras ambos hermanos se turnan para darle vueltas. De no ser por una de las camas que se asoma a la puerta y por la conexión eléctrica que soporta el televisor, se pensaría que estos



dos negros, de musculosos cuerpos, que parecen dos excampeones de boxeo en uso de buen retiro, están de paso, acampando, en lugar de vivir allí. Pero no hay tal, se trata de la vivienda de dos de los pescadores más reconocidos en una tierra justamente de pescadores, dos personas que conocen como muy pocos los secretos de este oficio con el que prácticamente nacieron, pues sus primeras imágenes de la infancia tuvieron por escenario al Río Magdalena, ya que crecieron en Cerro de San Antonio, un municipio del departamento de Magdalena, en donde su padre era también un reconocido pescador. *“Para nosotros, cada caño, cada ciénaga y el río tienen la misma importancia. ¿Qué haríamos nosotros aquí si no existiera el caño de la Ucrania para llegar a la Ciénaga Colombiana?”,* pregunta Fidel Escorcía, con el ánimo de evidenciar que su rutina diaria le ha enseñado a valorar todos los cuerpos de agua, sin importar que estos sean un hilito o un gran río; y agrega, como si





además tuviera que justificarse: “*lo que pasa es que yo llevo más de cincuenta años caminando el agua, día a día*”.

El Instituto Colombiano de Desarrollo Rural –INCODER- ha expedido una serie de regulaciones que, en primera instancia, se dirigen a los pescadores, pero que igualmente busca llegar a los habitantes de las zonas ribereñas, los consumidores de pescado y a los colombianos, en general. Se trata de prohibiciones muy contundentes en relación con la construcción de canales y obras que sequen las ciénagas, ya que estas no le pertenecen a nadie en particular; no deforestar los nacimientos de las quebradas; no pescar ni consumir peces que no tengan la talla mínima de captura; no extraer aquellas especies que se hallen en periodo de veda y no utilizar métodos y artes de pesca prohibidos como la dinamita, por ejemplo.

El mismo instituto, el INCODER, ha establecido, además, unas tallas mínimas para las especies más comerciales, con el fin de proteger los ciclos de reproducción de estos peces (Bagre pintado, 80 cms; bagre sapo, 45 cms; blanquillo, 45 centímetros; dorada, 35 cms; doncella, 35 cms; bocachico, 24 cms, entre otros.) Se trata de evitar el empleo de aparejos que tengan la medida del ojo de la malla muy pequeña, pues esta dimensión es la que determina el tamaño de los peces que serán atrapados. Si se hiciera una suerte de pirámide, construida a partir de la diversidad de aparejos utilizados por los pescadores, se obtendría la siguiente escala: En la cima estarían aquellos pescadores que disponen de un Jhonson (una lancha a motor) y un **chinchorro**, una gran red de pesca que

lleva en la parte superior una línea de flotadores, y en el fondo, otra línea de aplomos. Uno de sus extremos es dejado en la playa, mientras el otro es arrastrado desde la pequeña embarcación que debe surcar un determinado espacio hasta encerrarlo al juntarse de nuevo con el extremo que ha quedado en la playa, y ser recogido luego por los ocho pescadores que participan de la faena, para extraer de esta gran red, todo lo que haya quedado en su interior. Un chinchorro demanda una inversión que puede superar los diez millones de pesos; y en muchas ocasiones son los mismos comerciantes de pescado quienes los entregan a librar a los pescadores. Luego se halla la **chinchorra**, un poco más pequeña que el chinchorro, y en cuya faena exactamente igual a la de éste, participan entre cuatro y seis personas, dependiendo de su tamaño; luego está la **atarraya**, un aparejo todavía más pequeño, pero que también exige una gran pericia a la hora de lanzarlo; después está el **trasmallo**, muy difundido por su bajo costo y gran efectividad; un aparejo que simplemente se extiende en el agua gracias al trabajo de dos personas o utilizado de manera individual, mediante la ayuda de una caneca que sostenga una de sus puntas. En la actualidad, su uso es muy cuestionado, puesto que en muchas poblaciones se emplean trasmallos cuyos ojos no superan los dos centímetros, y ello destroza el ciclo de crecimiento de muchas especies. Luego, está **el Chile**, una pequeña red que se emplea para atrapar pequeños peces que servirán de carnadas; y por último, el **anzuelo**, un método de pesca menor dentro de este mercado; por mencionar los aparejos empleados con mayor frecuencia.



Según José Menco, otro pescador reconocido del municipio de Caucasia, que se ha dedicado los últimos años a trabajar con la comunidad y con las agremiaciones de pescadores (sólo en Caucasia hay unas quince) las personas y las familias de quienes se dedican a este oficio conforman una población muy vulnerable, pues muchos eligen este trabajo porque saben que en cualquier momento les puede dar una mano para sobrevivir, sin pensar nunca en la construcción de sus proyectos de vida. *“Ellos simplemente sienten que es más fácil pescar que cultivar, que no hay que sembrar y esperar cierto tiempo, que los peces están ahí; y además, una chalupa y un trasmallo, que es lo que más se usa ahora, son muy baratos; los dos se pueden conseguir por un poco más de medio millón. En cambio, el pescador de experiencia se conoce porque pesca de noche sin problemas, ve el pescado a cualquier hora, sabe en qué momento se mueve y en dónde descansa, o dónde se hallan sus crías; porque sabe lanzar y tejer sus aparejos; y por ejemplo, casi siempre usa canoas y no chalupas. Las chalupas son hechas de recortes de madera, mientras que la canoa es un único tronco, de una madera buena como la Coral, que fluye mejor, se hunde menos y no se desbarata con el tiempo y puede durar años. Y lo mismo, el trasmallo; cuando ya no funciona, mucha gente en lugar de tejerlo, que era lo que hacían los antiguos con todos sus aparejos, simplemente los reemplazan por otro o peor aún, los dejan ahí*

*metidos en el agua, y ese nylon difícilmente se descompone, imagínese el daño ambiental que generan. Son personas en todo caso, que no se identifican con el agua, que mañana se rebuscan otro empleo cualquiera, el que les salga, y por eso no piensan en la naturaleza. Mire, le cuento. Aquí en Caucasia, con todo lo retirado que estamos de Armero, en el Tolima, cuando el desastre del nevado del Ruiz, llegaron peces por montones y, también, lodo por montones. ¿Qué prueba eso?, que el agua de un país, del mundo, es una misma. ¿Qué hizo la gente con esos pescados? los almacenaron por unos días para evitar los rumores que decían que no era bueno comerlos, y después, los vendieron; pero jamás pensamos en todo lo que puede arrastrar el agua; y si no mire lo que pasa con la minería, con el azogue, que le digo una cosa, le ha cambiado el color a muchas ciénagas, y sólo eso debería hacer que nos preguntáramos muchas cosas”.*

El **azogue** es otra de las palabras que todos mencionan en la Mesa Ambiental de Nechí. Se trata de los vapores que suelta el mercurio cuando se le utiliza en la explotación del oro. De hecho, la imagen de un hombre sumamente concentrado



en aplicar su soplete a una pequeña amalgama de oro y mercurio, para lograr la separación de ambos materiales a partir de altísimas temperaturas es una escena que fácilmente se puede apreciar al recorrer algunas calles del casco urbano de este municipio, dedicado por tradición a la explotación del oro. Una imagen que más allá de evocar unos saberes cargados de siglos de historia, también desata preguntas por la toxicidad del mercurio, no sólo en esas pequeñas joyerías sino más aún, en otros entables mineros asentados junto a las aguas de esta localidad, en donde los residuos del proceso son arrojados desde las bocaminas hacia los ríos y quebradas cercanas a la explotación; una situación que tiene su evidencia más superficial en los comentarios que suelen hacer muchos pescadores al conversar sobre las extrañas variaciones del color de los pescados que muchas veces extraen de esas ciénagas; algo que sugiere los irreversibles daños que este metal puede ocasionar no sólo en estos animales sino también en los seres humanos, de manera directa por la exposición prolongada ante los gases que emana o al consumir estos pescados contaminados.

*“La lista de los peces por aquí cada vez es más pequeña...”,* remarca William Padilla, otro participante de la Mesa Ambiental de Nechí, con cierto énfasis en la voz y los ojos totalmente abiertos, como si se tratara de ganar una apuesta, y se sube aún más al señalar: *“... los jóvenes de ahora por ejemplo, no saben lo que es un Sabalo”,* un pez que, según su descripción, es de gran tamaño, y puede superar en muchas ocasiones la estatura promedio de un niño de diez años. Pero sólo unos segundos después, tantas certezas parecen llevarlo a la tristeza cuando se descubre enumerando ahora, la lista de árboles que décadas atrás eran muy comunes en la zona, y que ahora son verdaderas rarezas:

*“... a uno le da nostalgia al ver que ya casi no hay Cativo, Roble, Cedro o Guamo Macho; lo más común ahora son los árboles pequeños, Boyo-mojado, mimbre, y otros cuantos; pero claro, los tumbamos todos y casi no sembramos”,* señala, mientras describe como ejemplo de las problemáticas ambientales del municipio lo que sucede en las veredas Londres, San Lorenzo y Popal, en donde viven unas ciento cincuenta familias del municipio, en un terreno de unas siete mil hectáreas que lleva casi tres años inundado de manera permanente. *“El agua allí se empozó, se puso espesa; y claro, ahí no hay peces; y los árboles, dentro de esa agua, vea la contradicción, se hallan secos, porque son aguas muertas; y por eso, las aves y los mismos monos aulladores, que siempre han habitado allí, se ven en dificultades para apoyarse en una rama de esas, secas y muertas, porque esos árboles tienen el tallo enterrado en puro lodo. Es más, las aguas de los pozos de las casas de esas veredas sale con mucha acidez; ¿cuál sería la solución? La reforestación, digo yo, pues muchos ganaderos han desecado los canales que permitían el flujo de las aguas en esta zona, para ganar tierras para sus animales, miles de búfalos”,* remarca otra vez, William; mientras alguien en la mesa lanza nuevamente la pregunta que está de moda en el municipio, en Colombia: *¿Y los mineros qué culpa tienen ahí?*

Lo paradójico es que hoy, los estacones que dan cuenta del terreno que se le ha quitado a las zonas cenagosas, se hallan literalmente debajo del agua, y sólo pueden ser reconocidos por los nativos de la zona, que saben su ubicación con exactitud. Es decir, los linderos que demarcan la separación de estas fincas están literalmente bajo el agua.

Al recorrer dichos terrenos, el visitante tiene la impresión de hallarse frente a un raro cuadro partido en dos: en la parte superior, uno de esos bellos cuadros otoñales, en el que los árboles, siempre silueteados por hallarse sin hojas, parecen haber sido pintados mediante una fina pluma; y en la parte de abajo, unas aguas color marrón que no hacen juego con esos árboles; una escena que, al ocurrir por fuera de la temporada invernal, se convierte en un diciente síntoma de las fracturas que padece este gran ecosistema.

Por ello, la Mesa Ambiental de Nechí, más allá de los debates específicos que, con seguridad, marcarán su agenda, busca apostarle a una nueva ética a la hora de habitar este territorio. Ya se habla por ejemplo, de un programa de ordenamiento forestal, que supondrá un ordenamiento social, antes que nada. La idea es incentivar entre los pobladores de esta zona, la valoración de su riquísima oferta ambiental; y para ello, como nunca antes, será ineludible revisar las obras de adaptación que hicieron los indígenas Zenúes, mucho antes de la conquista, cuando al habitar en estas mismas tierras construyeron canales y camellones que ponían a circular mediante drenajes los fertilizantes que quedaban atrapados en los sedimentos que dejaban las épocas de lluvia; la famosa ola invernal que tanta prensa “moja” hoy, y que este pueblo prehispánico convirtiera en su momento, en la mayor obra hidráulica de América, uno de nuestros mayores olvidos al hablar de La Mojana y El Bajo Cauca, dos verdaderos pueblos de agua.

NECHÍ Y CAUCASIA, JULIO DE 2012



## Las Aguas de todos

(El acueducto AMORSSAN  
de Santa Rosa de Osos)

**U**nos minutos después de abandonar el casco urbano del municipio de Santa Rosa de Osos, al empezar la vereda Santa Ana, queda la sede de AMORSSAN. *"... Ahí, un ratito después de que comienza la destapada", es lo que responden algunos pobladores de esta localidad cuando se les pregunta por esta rara palabra; lo dicen por igual, los taxistas del acopio que se halla al frente de la iglesia principal del pueblo y también algunos ancianos que parecen acostumbrados a matar el tiempo en el parque. "... Eso es lo del acueducto de esas veredas, La Muñoz y esas otras que están ahí pegaditas. Las oficinas quedan ahí, en Santa Ana"* le recuerda un tendero a uno de sus habituales clientes que enseguida le replica: *"... sí, eso está funcionando muy bien, yo conozco mucha gente de Río Grande que está contenta con esa agua"*.

Todo indica pues, que muchos pobladores de Santa Rosa de Osos saben que AMORSSAN es el nombre de un acueducto multiveredal que funciona en esta localidad, y aunque tal vez no todos conozcan que dicho nombre surgió de las iniciales de las veredas en donde este proyecto opera: **La Muñoz, Oro Bajo, Río Grande, Los Salados y Santa Ana**, es evidente que su nombre está bien posicionado, dirían los expertos en asuntos de mercadeo; pero mejor aún, que mucha gente sabe que se trata de una iniciativa comunitaria,

**AMORSSAN**



*"... eso casi nadie les creía, y hasta ahora no se oyen sino cosas buenas de ese acueducto que ellos mismos manejan"* comenta el conductor de una camioneta que espera en un costado del parque a que alguien lo contrate para viajar a cualquiera de los cinco corregimientos y las más de setenta veredas que configuran la zona rural de este pueblo, ubicado a 74 kilómetros de Medellín, en el norte de Antioquia.

*"... llegar allá no tiene pierde, ahí donde está el molino quedan las oficinas".* Sí, todos lo dicen en plural, "oficinas", como si la sede del Acueducto Multiveredal AMORSSAN fuera una gran edificación y no la austera casita que es en realidad; una casa muy parecida al típico dibujo que hacen los niños en los primeros grados de escuela: puerta metálica azul en medio de dos ventanas del mismo color, zócalos altos de color verde claro, paredes en tono crema y el típico techo de losa. Una construcción junto a la cual, se hallan, además, un molino y un tanque blanco en el que se lee AMORSSAN 2006. Esto es lo que se ve desde la carretera, porque unos pasos más allá se encuentra la planta de tratamiento del acueducto, y debajo, el tanque principal de almacenamiento. El molino que todos mencionan, lejos de ser un

elemento publicitario, como alguien podría imaginarlo, está allí para bombear agua a unas pocas casas que se encuentran cerca a la sede.

Y en el interior de esta casita, en un pequeño escritorio, casi siempre, o al menos en horas de oficina, están Gabriel Monsalve, el coordinador general del acueducto, y Lucy Rojo, la secretaria, que también, casi siempre, está tomando atenta nota en un computador portátil de todo lo que le dice don Gabriel. *"Esta ha sido la mejor universidad. Aquí hemos aprendido ingeniería, pero de alto turmequé, y también de gerencia y hasta de leyes y normas ambientales; mejor dicho, cosas hasta de abogados hemos tenido que manejar"* dice don Gabriel Monsalve, un campesino de 61 años, que antes de coordinar este acueducto presidió por varios periodos la Junta de Acción Comunal de la vereda La Muñoz y representó incluso, a todos los campesinos del Municipio ante la gobernación en varios proyectos. Su voz, siempre a gran volumen y su continuo manoteo, corroboran su enorme experiencia como líder comunitario, como alguien acostumbrado a promover y gestionar proyectos, entregar balances y atender reclamaciones, que es como él mismo define de manera escueta el trabajo comunitario; tal vez por eso, al terminar la mayoría de sus frases, casi siempre agrega: *"... si sabe cómo es"*, como si en todo momento sintiera la necesidad de cerciorarse de que todo está claro.

Como en muchas otras zonas del país, la historia del aprovechamiento del agua en el área rural de Santa Rosa de Osos también se ha escrito a partir de artesanales estructuras como las acequias (canales para conducir el agua), las tupias (improvisadas estructuras para desviarla), los arietes (una especie de tubería, generalmente de barro, que



al enterrarse permite redirigir el agua a una altura superior) y las tradicionales bombas y mangueras, utilizadas para llevar el preciado líquido a unas cuantas casas. De hecho, en este municipio, las veredas San José de la Ahumada, La Cabuya, Río Grande y La Muñoz han contado con pequeños acueductos que en cada caso no surtían a más de veinte familias. Pero también, como ocurrió en todo el país, el crecimiento de la población hizo que estos métodos se tornaran insuficientes. *"Nosotros crecimos viendo a la gente lavar la ropa en las quebradas y cargar baldes de aquí para allá; pero además, el agua era cada vez más escasa y de menos calidad, pues con la extensión de los cultivos de tomate y papa se llenó de caparrosa (un sedimento ferroso) y entonces había que hervirla para todo; o mejor dicho, usarla para algunas cosas, pero no para consumirla. Y fue entonces cuando varios líderes de las veredas empezamos a hablar del tema del agua como un asunto al que nosotros mismos teníamos que ponerle el pecho, y no esperar quién sabe cuántos años a que una administración nos trajera agua buena. Es más, cuando empezamos con esto, siendo el agua tan importante como lo es, la gente la deseaba, pero no sentía que se podía luchar por ella; la veían como algo muy lejano, algo que a lo mejor les tocaría a los hijos de sus hijos, y entonces nosotros los despertamos con eso de las juntas proacueducto"*, comenta Luis Fernando Balbín, actual vicepresidente de AMORSSAN.

La presencia de aguas incrementa el valor de un territorio, es algo irrefutable. Y para nadie es un secreto que esta condición ha sido una de las razones más antiguas en materia de conflictos limítrofes en todo el planeta; el detonante de cientos de guerras históricas y de muchas más que seguramente se darán. Incluso, a pequeña escala, según la ley, se habla de servidumbre de aguas, una figura utilizada para referirse a un predio que se halla sometido a recibir las aguas que descienden de otro, naturalmente superior, sin que haya sido modificado por el hombre; razón por la cual está prohibido realizar alguna intervención, si con anterioridad no se ha definido esa servidumbre especial.

De este y muchos otros temas relacionados con el agua, comenzaron a hablar a comienzos de 1998, unos doce campesinos de tres veredas (La Muñoz, Oro Bajo y Río Grande) quienes soñaban con construir un acueducto que beneficiara a todos sus habitantes (luego se vincularían las veredas Santa Ana y Los Salados). *“¿Dónde podría ser la bocatomina para captar el agua? ¿Cómo distribuir el agua en las casas? ¿Cuál podría ser el mejor método a emplear? ¿Cuánto valdría semejante “sueño” era lo que nos preguntábamos mientras caminá-*

*bamos esa semana santa de 1998, rumbo a La Sierra, porque todos por aquí sabíamos que ese era el lugar en dónde podríamos encontrar las aguas que nos surtieran”,* señala Luis Fernando Balbín.

La reserva forestal La Sierra tiene una extensión de 1500 hectáreas, y aparece en todos los catálogos del norte de Antioquia como uno de los sitios ecológicos de mayor interés, junto al Cerro de San José, las represas Riogrande I y II, los baños naturales del río Guadalupe, las cascadas de Oro Bajo y la microcuenca El Vergel. Unos sitios que cada vez cobran mayor importancia si se tiene en cuenta que de las 85.091 hectáreas que configuran Santa Rosa de Osos, 62.500 son terrenos destinados para los potreros y los cultivos extensivos de papa y tomate; además del continuo riesgo que corren sus aguas por la contaminación derivada de los químicos empleados en estos cultivos y los sedimentos que deja la minería, también presente en muchas de sus veredas. Por ello, encontrar allí, en La Sierra, en inmediaciones de la vereda Pontezuela, los nacimientos de varias quebradas, entre ellas, la de Oro Bajo, representó para esos doce peregrinos que ese jueves santo de 1998 habían marchado hasta allí, encontrarse con un verdadero tesoro, la fuente para convencerse de que



su proyecto era factible. *“Esas aguas eran puritas, y nosotros subimos prácticamente a la parte más alta. Recuerdo que nos guiaba un señor llamado Libardo Barrientos, muy conocedor de estas zonas, porque esa es otra fortaleza de este proyecto: que nosotros somos de la zona, pero no de ahora sino de mucho tiempo atrás; así que no sólo sabemos de qué hablamos sino que además queremos mucho estas tierras. Y al estar allá, en La Sierra pudimos desmentir una ilusión óptica que se da: uno desde acá; es decir, desde las veredas no ve esa cordillera tan alta, pero allá todos nos dimos cuenta de que su altitud, 2500 metros sobre el nivel del mar, es mucho mayor, y eso fue lo que nos permitió aseverar que al conducir el agua hasta acá por gravedad, sí habría presión, cuando mucha gente nos decía que no”,* dice Luis Fernando Balbín.

La presión es uno de los aspectos que vigilan constantemente el fontanero del acueducto y sus dos auxiliares durante sus jornadas diarias, además del mejoramiento continuo de las redes y las instalaciones para los nuevos socios. El acueducto AMORSSAN genera en la actualidad siete empleos directos: el coordinador general, la contadora, el revisor fiscal, la secretaria y auxiliar contable, el fontanero y sus dos auxiliares. Todos ellos, personas vinculadas a la zona. *Por cada diez asociados existe un delegado, y la junta directiva, conformada por siete integrantes, tiene personas de las cinco veredas. Nosotros llevamos mucho tiempo en esto del trabajo comunitario, y una de las cosas más importantes que hemos aprendido después de tantos años es que la gente tiene que cogerle cariño a los proyectos para que las cosas funcionen, y que sobre todo, los beneficios sean reales. Eso a punta de reuniones y actas ya no se sostiene nada*, señala Gabriel Monsalve.

Sin embargo, al comienzo todo fueron reuniones y actas. En cada una de las veredas se conformó una junta pro-acueducto, cuya misión consistió en sensibilizar a los habitantes de dichas zonas sobre la necesidad del proyecto. *“El trabajo comunitario es muy duro porque siempre hay que convencer al otro; y al comienzo, nadie creía en esta iniciativa. Incluso, no faltó quien nos viera como unos estafadores después de que la Administración Municipal pagara unos estudios, y se dijera que la idea no era viable por costosa. Una vez los ingenieros presentaron el informe, mucha gente comenzó a murmurar que se nos había acabado la fiesta, que no habíamos podido quedarnos con la platica que pensábamos en mochilarnos”*, recuerda Luis Fernando Balbín, a la par que se levanta presuroso y abre una de las canillas de la casa de su finca El Porvenir, en la vereda La Muñoz, como si ese pequeño chorro de agua que brota de ese

lavamanos hiciera las veces de un trofeo que él mismo se concede a cada tanto en reconocimiento a su participación durante casi quince años en este proyecto comunitario.

Los ingenieros contratados, quienes contaban con el aval de las Empresas Públicas y de la Alcaldía, plantearon que el agua sólo podría ser captada a una altura máxima de 15 mts, lo cual no garantizaba una buena presión al llegar a las casas; y ello, a raíz de los tres mil millones de pesos que demandaba el proyecto, según estos expertos, necesarios para atender 377 familias, convertía esta iniciativa en un verdadero elefante blanco; una expresión que por aquellos días parecía flotar sobre las cabezas de los líderes comunitarios que jalonaron el proyecto. Pero además, según esta propuesta, se hacía indispensable construir un enorme tanque con su correspondiente desarenador en plena reserva forestal de La Sierra, *“... esos sí iban a ser del tamaño de dos elefantes blancos”* comenta entre risas don Gabriel Monsalve, no sin antes remarcar los daños ambientales que tales construcciones ocasionarían.

No obstante, todo lo anterior, y aunque algunas personas comenzaron a hablar de pozos profundos o aljibes, como la solución más viable, a pesar de que no contaban con estudios previos que soportaran semejante idea, los promotores de lo que hoy se conoce en Santa Rosa de Osos como AMORSSAN siguieron aferrados a su propuesta; y para ello, contrataron al ingeniero Tiberio Builes, con quien debatieron cada detalle de su iniciativa. *“Nos animaba saber que nosotros no sólo habíamos recorrido el terreno, sino que vivíamos desde hacía muchos años en él, y que nuestros conocimientos, a*



*pesar de ser empíricos, prácticamente nos dictaban que traer el agua por gravedad era la mejor opción; pero claro, nosotros éramos o profesores jubilados o campesinos y necesitábamos alguien capacitado en la materia, pero que en lugar de hacer otra propuesta, estudiara la nuestra a conciencia”.*

Hoy, catorce años después, el Acueducto Multiveredal AMORSSAN atiende casi doscientas familias más de las que incluía la propuesta proyectada por los ingenieros contratados por la Alcaldía, al suministrarle el agua a 567 conexiones; y sus costos, más de una década después, unos dos mil quinientos millones de pesos, aún no ascienden a los tres mil millones propuestos en 1998; pero más todavía, las bocatomas que se construyeron en la reserva forestal La Sierra resultan insignificantes ante la magnificencia de este espacio, que hoy hace parte del patrimonio del acueducto, pues una de sus acciones más visionarias fue haber adquirido, con el apoyo de CORANTIOQUIA, doscientas hectáreas de este lugar destinadas para la preservación; un importantísimo avance en el manejo integral de la microncuenca en la zona donde es captada el agua que se distribuye en las cinco veredas.

Haber comprado ese terreno le ha permitido a AMORSSAN poder cumplir con la normatividad, cuando esta señala que los acueductos veredales deben velar por la calidad y la cantidad de agua que ofrecen; y comprometerse además, con el manejo integral de la zona de las bocatomas de donde es captada el agua; y en general, de todo lo que sucede a lo largo de sus redes. Pero además, ha sido la mejor acción

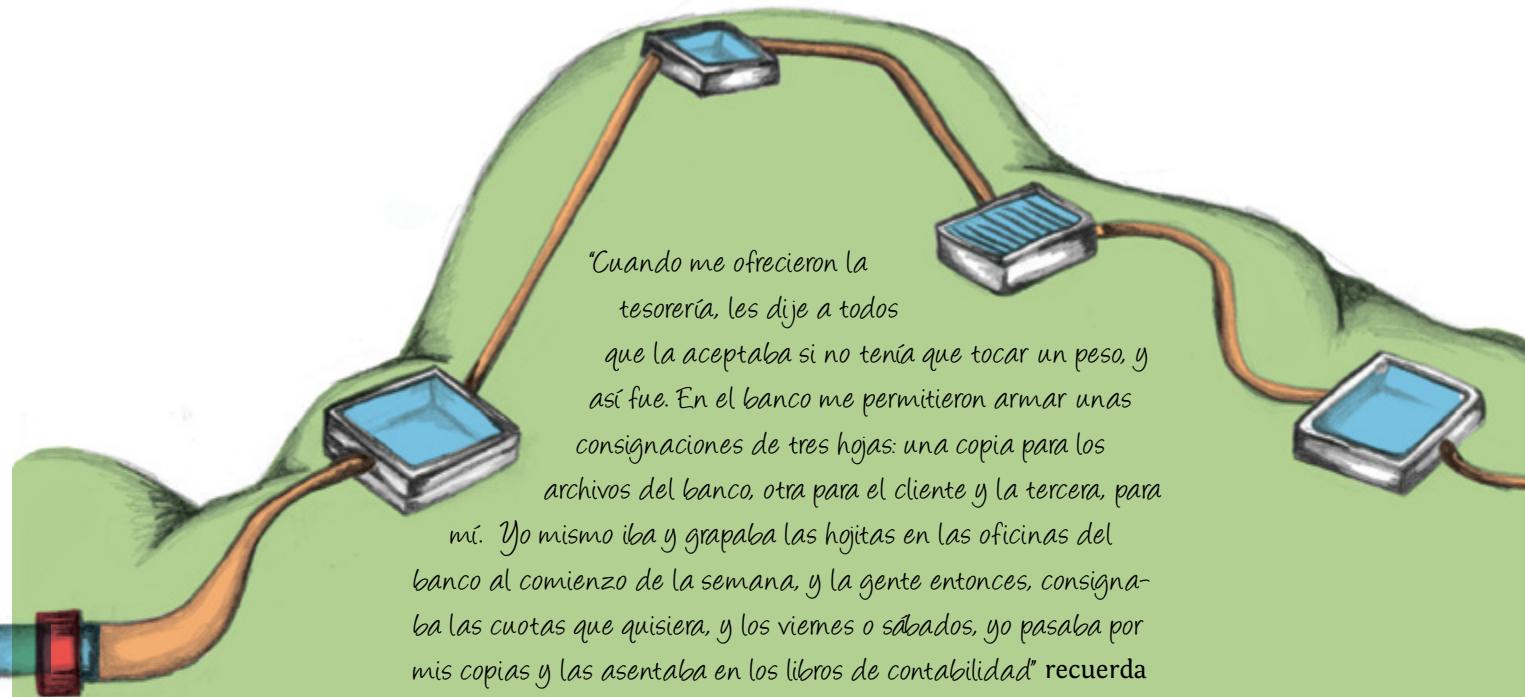
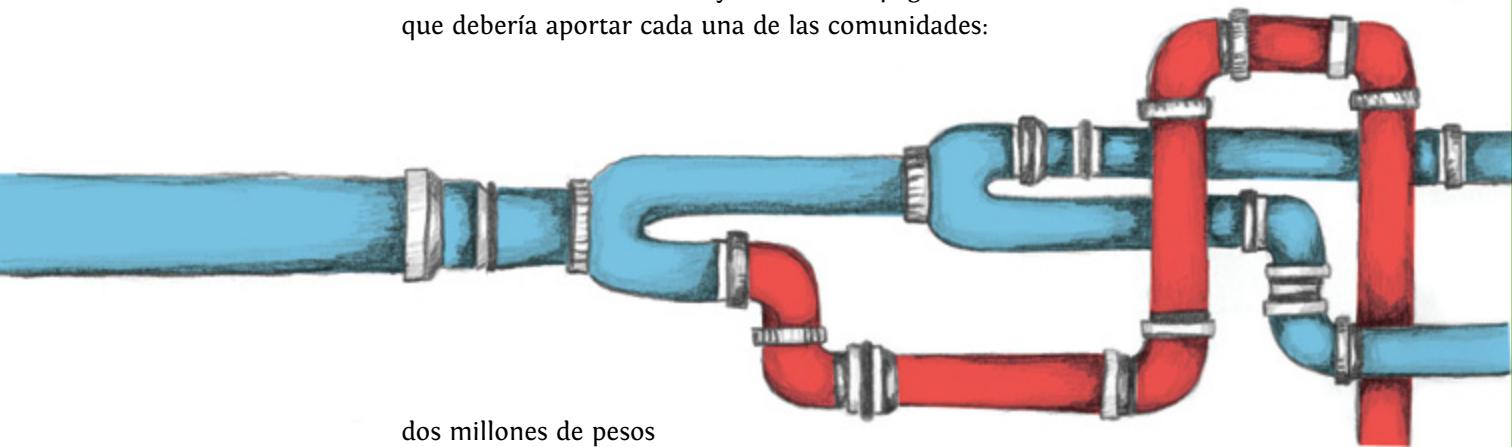
para sostener el carácter comunitario de este proyecto y liberarse por consiguiente de los coletazos que suelen dejar los cambios de administración; es decir, de los impredecibles vaivenes políticos que en muchas ocasiones marcan el apresurado final de iniciativas muy loables o diezman su esencia democrática. *“Nosotros logramos tomar agua a 28 metros de desnivel entre las bocatomas y los tanques de almacenamiento y no a doce o quince metros, que era lo que consideraban los ingenieros del estudio contratado por la Alcaldía; y este fue el secreto de nuestro éxito. Por eso mismo, sabemos que la tarea primordial de este acueducto es proteger esa zona, porque de lo contrario todos serían problemas por resolver. La fuerza, la limpieza y la continuidad del servicio dependen es del agua de la fuente. Todo lo demás: las válvulas, la tubería, las conexiones, la planta de tratamiento dependen de la materia prima de que dispongamos, y tener las escrituras de ese lugar es garantizarle la vida a este proyecto”*, comenta don Gabriel Monsalve

Corrían entonces, los primeros años del anunciado siglo XXI, y los habitantes de estas cinco veredas del municipio de Santa Rosa de Osos se ilusionaban cada vez más con el acueducto que les llevaría por fin el agua hasta las cocinas de sus casas, un hecho que en Medellín, la capital del departamento, ocurrió un siglo y medio atrás; y que así mismo, en el casco urbano de esta localidad, Santa Rosa de Osos,

data de 1926, cuando se construyeron las primeras estructuras que posibilitaron el abastecimiento de agua en la cabecera municipal de este municipio.

Así, con aportes de la Alcaldía Municipal y de la Gobernación, además de la adquisición de los terrenos de la bocatoma, mediante el apoyo de CORANTIOQUIA, en cada vereda se conformó una junta proacueducto, encargada de coordinar todo lo relacionado con los costos y la forma de pago del dinero que debería aportar cada una de las comunidades:

dos millones de pesos por familia, diferidos en cuotas mensuales de diez mil pesos o su equivalente en mano de obra, medible en jornales durante la apertura de las brechas y el montaje de las redes en las que participaban cuadrillas de doce o quince personas, que trabajaban a la manera de los convites; una estrategia que incrementó aún más el sentido de pertenencia con una obra que en todas sus fases ha estado marcada por la impronta de la comunidad.



*"Cuando me ofrecieron la tesorería, les dije a todos que la aceptaba si no tenía que tocar un peso, y así fue. En el banco me permitieron armar unas consignaciones de tres hojas: una copia para los archivos del banco, otra para el cliente y la tercera, para mí. Yo mismo iba y grapaba las hojitas en las oficinas del banco al comienzo de la semana, y la gente entonces, consignaba las cuotas que quisiera, y los viernes o sábados, yo pasaba por mis copias y las asentaba en los libros de contabilidad"* recuerda Luis Fernando Balbín.

Aunque en la actualidad, AMORSSAN cuenta con un computador portátil y un video beam, sus dos adquisiciones tecnológicas más sonadas, con las cuales han podido sistematizar y socializar todo tipo de información, desplazando las antiguas cartulinas en las que se difundía el estado de las cuentas durante las reuniones, no tiene discusión que los más de cincuenta cuadernos de contabilidad, tipo natillera, diligenciados hasta la fecha de este escrito, agosto de 2012, son su más grande orgullo, pues en ellos cualquier persona puede rastrear además de todo lo relacionado con la compra de materiales y equipos, los nombres de todos los socios, el valor de sus aportes y los números de cada transacción bancaria realizada por ellos; es decir, la historia peso a peso de AMORSSAN.

Y ha sido ese mismo dinero lo que ha permitido darle forma a la infraestructura actual del acueducto: un tanque principal, ubicado en la sede, con una capacidad de 200 mil litros, y su correspondiente planta de tratamiento; tres tanques satélites, ubicados en las veredas La Muñoz, Río Grande y Los Salados, cuyas capacidades ascienden a 200 mil, 180 mil y 90 mil litros, respectivamente; y dos líneas de distribución, A y B, configuradas por una red extendida a lo largo de 200 kilómetros, en polietileno de alta resistencia; un material mucho más duradero que el PVC propuesto en los primeros estudios. *“... aquí aprendimos a comprar materiales, y ya hablamos de uniones rápidas, como si eso fuera un tema viejo, y todo esto a punta de averiguar y averiguar. Que lo mejor está en Cali o en Bucaramanga, no importa, se hacen los contactos necesarios para traer esos productos, siempre asesorándonos en varias partes, consultando en todo caso, antes de cometer cualquier error y lo mismo, con todo lo relacionado con la normatividad. Ahora estamos en la tarea de acoger todas las disposiciones que entrega la Superintendencia de Servicios Públicos”.*

De hecho, podría decirse que don Gabriel Monsalve y Lucy Rojo, la secretaria, se hallan en un curso intensivo, autodidacta por demás, sobre la normatividad expedida por el Gobierno en materia de acueductos veredales. Se trata, según sus palabras, de saber “por dónde van a coger las aguas” en tiempos de privatización; es decir, de adquirir los conocimientos necesarios para la preservación del espíritu comunitario del acueducto. Don Gabriel señala incluso, que ya los han visitado algunos inversionistas que han llegado con

**Título II. Capítulo I De los Derechos Fundamentales. Artículo nuevo:** “El acceso al agua potable es un derecho humano fundamental. El Estado tiene la obligación de suministrar agua potable suficiente a todas las personas, sin discriminación alguna y con equidad de género. Se debe garantizar un mínimo vital gratuito”. Referendo del agua.

el perverso eufemismo de “ayudarle a la comunidad a recuperar la inversión hecha hasta ahora” y se han marchado con una rotunda negativa. Una respuesta que da cuenta de lo que representan los acueductos veredales para sus comunidades en términos de educación ambiental, como una experiencia que promueve otra ética al habitar los territorios, como una manera eficiente de lograr la descentralización administrativa; de reinterpretar colectivamente el ordenamiento territorial; y obviamente, como unos proyectos que incentiven realmente una mayor valoración del agua.

*“También creen que después de todo lo que hemos luchado, vamos a entregar las aguas de nuestras tierras a otros; jamás”* una aseveración que don Gabriel lanza en tono veintejuliero, pero que enseguida pierde tal aire demagógico cuando él mismo enumera, o mejor dicho, aguijonea con su voz, siempre a gran volumen, y ayudado además, por el movimiento de sus manos, que de repente se parecen a las aspas del molino que se halla afuera de la pequeña oficina: *“... nosotros tenemos el inventario de las más de cien especies vegetales que hay en la zona de la bocatoma, en la reserva, muchas de las cuales las hemos sembrado o, en todo caso, protegido: Roble, Chirco Colorado, Chirco Blanco, Mortiño, Doblador, Espadero, Chamarco, Macana, Palma de Cera, Quiebraplatos, Acacias, Urapanes, Yarumos, Sietecuecos, entre otros. Lo mismo, con los animales: nosotros allá, hemos visto guaguas, gurreos o armadillos, pececitos, serpientes cazadoras, cabeza de candado, corales, y hasta una nutria vimos un día; y nada de eso se toca. Toda la zona nuestra está señalizada y encerrada, y se le hace*

*continua limpieza a las bocatomas. Pero además, hemos hecho visitas pedagógicas con todos los estudiantes de las escuelas de las cinco veredas, usuarios, amas de casa, estudiantes del SENA, entre otros muchos visitantes; y ahora proyectamos además, construir una especie de vivienda ecológica allí, para contribuir aún más desde el mismo sitio, a la preservación de la reserva. Eso en cuestión de la bocATOMA, porque además, hemos logrado que muchos ganaderos de esta zona se comprometan a la recuperación de pequeños humedales en los trayectos que recorren las tuberías; una campaña del acueducto, tal cual ha pasado con la cultura del pago, que es el éxito de AMORSSAN. Aquí, la gente ha aprendido a valorar el agua por punta y punta, y pagan yo creo que con la satisfacción de saber que su vida ha mejorado”, remata diciendo.*

En la actualidad, los usuarios del Acueducto Multiveredal AMORSSAN, puesto en marcha en diciembre de 2007, pagan siete mil pesos de cargo fijo, con derecho a 10 m<sup>3</sup>, y los demás consumos, de acuerdo con las tarifas acordadas por la ley. Una cifra que muy seguramente deberá ser incrementada, según se desprende de los documentos de la Superintendencia de Servicios Públicos y la Comisión Reguladora del Agua, que han revisado con tanta aplicación don Gabriel y Lucy Rojo, la secretaria; un asunto que ambos saben que se debatirá entre todos los delegados, para ayudarles una vez más a todos sus coterráneos a entender que dichas normas tienen que ver con sus tierras, o mejor dicho con sus aguas, o más bien dicho aún, con su proyecto de vida como comunidad.

SANTA ROSA DE OSOS, AGOSTO DE 2012



## Historias saladas

(Los ojos de agua salada)

No es una tarea fácil hablar de ellos, pues la gran mayoría de las personas desconocen su existencia; por eso, casi nadie los menciona. Quienes tienen la fortuna de topárselos, si no saben de su enorme valor, los miran con indiferencia, ya que suelen ser sumamente discretos y pequeños si se les compara con sus hermanos los ríos, las lagunas o las ciénagas. Y aunque algunos de ellos les han prestado sus nombres a las tierras en donde se encuentran, muchos de los habitantes de esos lugares ni siquiera saben ubicarlos a pesar de que fueron la base de la economía de esas tierras por varias décadas, e incluso, centurias. Hoy, la gran mayoría de ellos pasan desapercibidos; o peor aún, son vistos como unos insignificantes charcos dignos de ser clausurados o convertidos en basureros. Muy poco se sabe, pues, sobre los **nacimientos de aguas saladas**, esas pequeñas fuentes de agua, ricas en sal, uno de los productos indispensables para la vida humana, que paradójicamente tienen en el hombre a uno de sus peores enemigos.

*“Son aguas continentales que se conocen como ojos de aguasal, salados, saladeros o fuentes salinas. Por eso, muchos lugares e incluso veredas y corregimientos suelen llamarse El Salado, Los Salados, Las Salinas, El Saladero, El Chupadero, El Cebadero, etc. Nombres en todo caso, derivados de la presencia de este tipo de aguas, bien porque se trataba de sitios reconocidos por el procesamiento de la sal o por ser unos lugares a los que se acostumbraba llevar el ganado para que bebiera de esas nutritivas aguas*

*o porque eran visitados por muchas aves. Según los expertos, se trata de aguas fósiles retenidas en las cavidades de las rocas por millones de años; y de acuerdo con los pocos estudios que se han hecho, siempre se les encuentra asociados a otra fuente de agua: una quebrada, un riachuelo, un lago, entre otros; y en zonas donde se presentan fallas geológicas. Lo cierto es que son unas maravillas de la naturaleza injustamente menospreciadas, sobre todo hoy en día, porque en el pasado eran mucho más valoradas”, comenta Juan Camilo Restrepo, zootecnista de CORANTIOQUIA.*

La historia de Heliconia, un municipio distante apenas 41 kilómetros de Medellín certifica por ejemplo, la enorme importancia que alguna vez tuvieron los nacimientos de agua salada; pero lamentablemente, también permite ilustrar la exigua valoración que se les concede en la actualidad. Como evidencias de lo anterior sólo basta revisar el escudo y el himno de esta localidad, pues en ambos se alude a ellos de manera directa. En el escudo de Heliconia se halla dibujada una de las **chimeneas** que se utilizaba allí en las antiguas zonas de procesamiento de la sal, unas construcciones centenarias hechas en ladrillo, que aún pueden ser fotografiadas si se visita el barrio más famoso de este municipio: Las Salinas; un conjunto de casas ubicado a sólo unas calles de su actual parque principal. Y en el segundo de los símbolos mencionados, es decir, en el



himno, se hace igualmente, una clara referencia a lo relegadas que quedaron esas viejas minas de sal, ya que la tercera estrofa de esta canción reza: “Tus Salinas oh pueblo bravío/ Oh riquezas olvidadas que están/ El recuerdo de tiempos ya idos/ Y sus ruinas nos hacen llorar”.

En efecto, muchos de los habitantes de Heliconia, sobre todo los adultos mayores y los ancianos añoran, casi con rabia, la enorme agitación que se transpiraba en este lugar hasta mediados del decenio del sesenta, periodo durante el cual dejaron de explotarse las fuentes de agua salada o las salinas de Guaca, como buena parte del país las conocía. Algo que por demás tiene sus antecedentes más remotos en tiempos anteriores a la conquista, pues según la monografía de esta localidad, escrita por Luis Carlos Montoya, en 1938, los primeros españoles que pisaron Antioquia, la expedición liderada por Jorge Robledo, bautizaron a este lugar “El Pueblo de la Sal”, al toparse mientras buscaban el afamado Valle de Arví con una gran estructura muy pensada para el procesamiento y la distribución de este producto.

“Y el capitán sabido (Robledo) se partió de allí (de Amagá) e vino al pueblo de aquellos indios que le habían venido a ver, que se dice en su nombre Murgia, e nosotros le pusimos la de la sal (hoy Heliconia) porque se halló mucha infinidad de ella, de manera de panes de azúcar, algo morena, hecha de fuentes de aguas saladas que ellos tenían, e aquí estovimos cuatro o cinco días, donde vinieron todos los indios de paz con mucha comida e algunos presentes de oro. Desde aquí, Guaca, el capitán envió

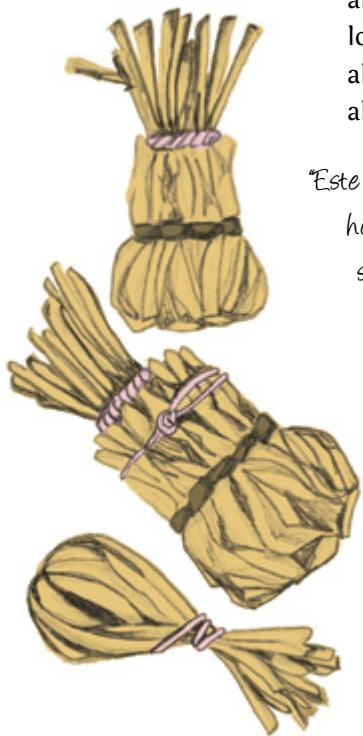


a Jerónimo Luis Tejelo con cierta gente de pie y de caballo, a que por una abra que la cordillera de las sierras nevadas hacía (se cree que sea el corregimiento de Pueblito) las pasase que parecían haber abajado algo. El cual fue y las pasó y aquel día fue a dormir sobre un valle, que en lo bajo de él parecía haber cierta población (Medellín)”– (documento histórico, Archivos de la localidad).

Lo cierto es que sobre la explotación de la sal en Heliconia, antes de la conquista y luego de ella; es decir, hasta los periodos conocidos como la Colonia y la República, lapso durante el cual este pueblo pasó de llamarse Murgia a ser reconocido mucho después, como Guaca y Heliconia, respectivamente, vale la pena resaltar dos aspectos que reivindican a todas luces el enorme valor económico y social de estas fuentes salinas para esta localidad, que a pesar de limitar con Medellín, es muy poco conocida; y menos aún, visitada. En primer lugar, es preciso mencionar la denominada ruta de la sal que se tejió por entonces, pues es innegable que este producto jalonó en cada uno de esos periodos, el intercambio de muchas mercancías en diferentes zonas de la región valiéndose de los poblados asentados en cercanías al río Cauca, hasta convertirse en muchos de estos lugares en una suerte de moneda, dadas las enormes posibilidades de cambio que alcanzó en virtud de sus bondades como conservante de las carnes, por su alto valor medicinal y porque se le asociaba a los distintos rituales que realizaban diversas comunidades indígenas de la zona. Y en segundo lugar, se debe reconocer la capacidad de estas fuentes salinas para potenciar la especialización de muchos de sus trabajadores (se habla de

más de 200 personas involucradas de manera directa durante buena parte del siglo XX y de varios miles, indirectamente, sólo en Heliconia) Se trataba de personas dedicadas a los múltiples oficios que demandaba el proceso de su explotación, entre ellos: los terciadores, los horneros, los atizadores, los fabricantes de las ollas de barro (antes y durante la conquista y en la colonia) y después de las parihuelas de madera (en la República), así como de los empacadores (la sal se envolvía en hojas de plátano con amarres de cabuya, conocidos como capachos); y por supuesto, de los constructores de los entables, cuyos entramados de tuberías y albercas, de madera, cobre y hierro, en cada periodo, son sin duda alguna, pequeñas obras de ingeniería.

*“Este pueblo era un eterno festival de la arriería todos los días y a todas horas. Esto era lleno de arrieros que venían de muchas partes con sus respectivas bestias; y aquí había un montón de pesebreras en donde se alojaba toda esa cantidad de caballos. La cosa es que las salinas necesitaban mucho carbón, y ese carbón también se producía aquí mismo, en las minas, recuerdo una llamada El Tirol, que me tocó a mí. Allí trabajaban además de los mineros, las pañadoras, que eran las mujeres que escogían el carbón bueno, utilizado en las salinas, mientras que el ripio lo llevaban esos mismos arrieros para las textileras de Medellín; y estaba obviamente, los que movilizaban los **capachos de sal**, bien sea para Medellín o para otros municipios cercanos y a veces, hasta para otros departamentos.*



*Y lo mismo pasaba con el carbón que se utilizaba para evaporar el agua de las pailas, que se lo llevaban esos mismos arrieros para venderlo en Medellín y en muchos otros sitios, para que las señoras lo usaran en las cocinas. Mejor dicho, el que lograba hacerse a una bestia, sabía que en Heliconia conseguía trabajito; y claro, el comercio aquí era también a otro ritmo”* comenta Edgar de Ossa, un hombre de 71 años, mientras se toma un café en una de las cafeterías del parque de este pequeño pueblo que llegó a tener mientras las salinas eran explotadas a plena marcha, una población que superaba los catorce mil habitantes, en contraste con los seis mil que lo pueblan en la actualidad.

Don Edgar, como la gran mayoría de los viejos pobladores de Heliconia, menciona los famosos “trenes” cada vez que alguien le pregunta por las minas de sal, pues ese era el nombre con el que se reconocía a las pequeñas edificaciones en las que se explotaba la sal, sobre todo, durante el siglo XX, tiempo durante el cual esta industria se diseminó por aquellas zonas de la localidad en donde había ojos de agua sal. Cada uno de esos famosos “trenes” contenía sus respectivos hornos; una paila madre o central en donde se recibían las agua sales que venían de las rocas, a través de unas tuberías de madera y luego de cobre; y dos pailas más, en donde quedaba la sal después de que el agua se evaporaba gracias al intenso calor que se producía mediante unas parrillas que, primero fueron en piedra y luego en hierro, alimentadas por leña durante mucho tiempo y después mediante carbón de hulla, extractado en el mismo municipio.

## Agua

Ese torrente que tenemos ante nuestros ojos y que no vemos, que confiesa su mengua ante nuestra miopía e indiferencia; que aumenta de valor, a pesar suyo, que no existe para ser vendida y, quizá, el último alimento que nos permite la vida. Y quizá, también, el origen de ésta. Pero eso no importaría porque la vida es como la rosa, sin porqué, como dizque dijo Angelus Silesius. Lo que sí importa es que esa rosa hay que aderezarla con gotas de agua que empiezan a restar en el ábaco del mundo.

Es fama, y lo sabemos pero nos importa un pito, que las próximas guerras serán por ese precioso tesoro: necesario, silente o ruidoso, hermoso, democrático. Única golosina que no necesita sabor.

Ojo de agua  
que rompe mácula  
y deviene en manantial,  
río, mar,  
diluvio: vuelta al origen,  
regreso a la semilla.

*Autor: Luis Alberto Arango Puerta,  
Desorden Alfabético. Edición de  
autor. Medellín, 2012.*

Esos hornos eran conocidos como **deshogues**, y sus desechos eran arrojados al río Guaca, que atraviesa buena parte de esta localidad. Era pues, una gran estructura que hoy si acaso se puede ver en las obras de algunos pintores de la zona que la inmortalizaron en pequeños lienzos o a través de las pocas ruinas que todavía se pueden apreciar al recorrer el municipio (las chimeneas y los restos de una que otra alberca) y en unas pocas fotografías que todavía se exhiben con gran orgullo en algunas cafeterías y en la casa de la cultura de este municipio.

Hoy, que Heliconia se halla próxima a celebrar el bicentenario de su fundación, a conmemorarse en 2014, se ha vuelto a hablar de construir El Museo de la Sal, un proyecto que lamentablemente se ha desvanecido en varias ocasiones. Por eso, mientras algunos de sus líderes y las nuevas administraciones buscan la manera de juntar ahora sí, de manera definitiva, el dinero y las voluntades necesarias para materializar dicho plan; y mientras otros hablan de montar unos spa con las aguas saladas, para incentivar el turismo a esta localidad; muchos de sus viejos pobladores sin importar qué cosas se logren y cuáles no, siguen contándoles a las nuevas generaciones que en esta tierra se producía la mejor sal del país, capaz de curar la otrora muy difundida enfermedad del coto (la tiroides); lo hacen casi con desespero porque saben que de seguir las cosas como van, en unas décadas muy poca gente sabrá por qué están ahí esas chimeneas que adornan el barrio Las Salinas, y porque además, Heliconia se ha vuelto la tierra de las marraneras, una iniciativa privada que si bien genera cierto número de empleos en la zona, no logra despertar el sentido de pertenencia que se profesaba décadas atrás por la explotación de las fuentes de agua salada.

Hora tras hora es muy común ver cómo atraviesan el parque de Heliconia los camiones que movilizan decenas de cerdos de todas las edades, mientras que a unos metros, en el centro de la misma plaza, se levanta con gran imponentia la estatua de un enorme cerdo padrón, que les recuerda a todos los que pasan por su lado que Heliconia fue también la tierra de Cosiaca, aunque algunos digan que este folclórico personaje nació en Envigado; y por supuesto, la cuna de “El Verraco de Guaca”, Ángel María Álvarez, uno de sus habitantes más famosos por haber tenido 82 hijos, según lo cuenta la leyenda; un verdadero “semental” que además de ser un gran seductor, era muy adinerado, gracias también, a las minas de sal.

La explotación de las minas de sal en Heliconia dejó de ser rentable una vez irrumpieron en el mercado local las sales que provenían de Zipaquirá y otras zonas de Cundinamarca y de La Guajira que, aunque son de menor calidad, demandan menos trabajo e inversión. Además, la excesiva utilización de la leña y de carbón, la tradición en este municipio, derivó en el latifundismo en muchas de sus tierras que antes se articulaban con las salinas, lo que generó otras dinámicas en esta localidad que sería reconocida en las décadas siguientes a la explotación de la sal por sus vocaciones ganadera y cafetera.

*“En Antioquia se puede decir que somos ricos en fuentes de aguas saladas, pasan de cuarenta sólo en el centro del Departamento, aunque no hay datos rigurosamente sistematizados. Hay unos que tuvieron mucho reconocimiento como los de Heliconia por la sal que se producía allí; en Girardota hay otros muy reputados por*



sus propiedades medicinales, pero del resto se podría decir que se hallan en un completo abandono; y otros desaparecieron por cosas de la naturaleza, como El Salado de Envigado que se perdió por un movimiento telúrico; y luego, está el hombre que los taponó como sucedió con uno que había en San Antonio de Prado, y otros dos que encontramos casi perdidos por la basura y la maleza en San Pedro, en la carretera que va a Belmira y en cercanías de la antigua Estación Hatillo. Mejor dicho, mientras la gente no sepa de su importancia ambiental, económica e histórica, y desconozca que los ojos de aguasal están considerados como humedales, y por ello, nos pertenecen a todos, no se les puede destruir, y se hallan amparados constitucionalmente, su permanencia estará en veremos. Si hoy todavía nos resulta difícil hablar de los derechos humanos, imagínese cómo será tratar de defender un pequeño grito de agua salada", dice Juan Camilo Restrepo, zootecnista de CORANTIOQUIA.

Al comienzo, parece una historia difícil de creer. Una anciana parada en el antejardín de una casa de familia, ubicada en la vereda El Salado de San Antonio de Prado, les cuenta a unas ocho personas que justo ahí, unas décadas atrás, se veía una fuente salina. Se trata de Laura Pino, una mujer de 75 años que todavía recuerda el día en que la llevaron de la escuela para que ella y todos sus compañeros vieran cómo don Luis Ospina Mesa sacaba sal de unas aguas que, según ella, corrían por ese sitio en el que ahora se mueve sin ningún temor. "don Luis", corrobora una vecina del lugar, y agrega: "... el hijo de doña Teresa".



Quienes la escuchan han ido hasta allí con el propósito de reconstruir junto a doña Laura, la historia de este ojo de agua sal confinado por la mano del hombre a la oscuridad subterránea. Entre los asistentes se encuentran Carlos Alberto, Carlos Andrés y Juliana, tres jóvenes integrantes de Los Círculos Procultura del Agua de San Antonio de Prado, que busca concientizar a la comunidad de este corregimiento de la enorme importancia que tiene el agua para un territorio, para todas las especies que viven en él mediante diversas actividades como las expediciones territoriales, unos recorridos en grupo que suelen entregar a sus participantes las herramientas necesarias para leer el pasado y el presente de esos espacios que visitan, y proyectar así, lo que les deparará el futuro a las nuevas generaciones que los habiten. Y aunque en este caso, en apariencia sólo se trate de hablar de lo que había debajo de un pequeño antejardín, que por demás, luce muy bien cuidado, pues el césped se halla perfectamente cortado, escuchar cada recuerdo de doña Laura desata entre los asistentes múltiples imágenes que algunos de ellos buscan precisar a partir de las preguntas que le hacen, unos interrogantes que ella les contesta cada vez con más detalles, como si cada una de esas inquietudes la llevara de vuelta a la niñez: "... Eso venían unos hombres a caballo que le compraban a don Luis la sal que necesitaran. -¿Quiénes eran los que venían por la

sal? Campesinos de otras veredas y lugares cercanos como Montañita, Yarumal, El Astillero, El Carrizo o La Aguapanta, y a veces se llevaban el agua, si él no tenía lista la sal o se llevaban un kilito o lo que le pidieran. -¿Y en qué la empacaban? Entre varias hojas de caña brava, como se envuelve un tamal hoy en día, una debajo de la otra formando una bolsita -¿y entonces, había un lago y al lado estaba la zanja de sal que venía de las rocas del frente? Sí, estaban separados por un orillo de roble, y esa agua seguía corriendo hacia la quebrada Doña María, que está aquí al frente, ¿no la escuchan? -¿Y cómo obtenían la sal? Él armaba una carbonera con madera cepillada, la prendía y ahí montaba la paila, y el agua se evaporaba hasta que quedaba la sal. Eso lo revolvían con un mecedor, como cuando alguien hace natilla en una paila.

A primera vista, se trata, pues, de la transformación de un lugar, un hecho que cada minuto se replica millones de veces en todo el planeta: urbanizaciones que reemplazan pequeños bosques, quebradas que son cubiertas para construir una nueva vía; zonas pantanosas que se vuelven potreros... la lista es interminable; y claro, cada cambio es una historia que se diluye; pero más todavía, un entramado de relaciones que se rompe. Además de los beneficios económicos que por siglos se ha tejido entre el hombre y los nacimientos de aguas saladas, cuando éstos las explotan para obtener la sal que reposa en ellos, estas fuentes salinas son indispensables para la preservación de la fauna silvestre. *Se podría decir que una de las pistas para identificar un ojo de agua sal son sus visitantes más frecuentes: las **torcazas**,*

los **guatines**, las **guaguas** que van a beber esa agua saladita, que como es rica en calcio, potasio, magnesio, es todo un alimento para esas especies; y claro, es también la oportunidad para los cazadores que convierten estas fuentes de agua en verdaderas trampas. Lastimosamente, es mucho más frecuente de lo que uno quisiera encontrarse cartuchos de escopetas cuando se recorren los aguasales. Y lo otro es que se han encontrado peces en algunos de ellos y muchos invertebrados; además de los nutrientes que ellos movilizan y les aportan a las plantas que hay a su alrededor. Entonces, es claro que su valor ambiental es incalculable por todos los ciclos de vida que se tejen allí". Comenta Juan Camilo Restrepo, de CORANTIOQUIA.

Otro ojo de agua sal, ubicado en la vereda El Templete, en el municipio de Don Matías hace pensar al visitante en un santuario, en un verdadero museo natural. Se trata de una fuente salina cuya boca principal es un poco más amplia de lo habitual, un metro cuadrado aproximadamente, que está rodeado de unas pequeñas colinas y es protegido además, por una inmensa piedra que también tiene la forma de una pequeña montaña. Y es que los nacimientos de agua salada, lo han demostrado diversas investigaciones arqueológicas, son verdaderos depósitos de información sobre distintas culturas que nos antecedieron, y que en la mayoría de los casos, está aún por descubrir, pues junto a ellos se han hallado centenas de piezas cerámicas de gran antigüedad que prueban una vez más cuánto se les valoraba en el pasado.



Sólo en el parque Arví se han encontrado seis de estos nacimientos de agua salada, cinco de ellos ubicados en la vereda Mazo y el otro en El Tambo. Se trata de seis fuentes salinas cargadas de historias y relaciones centenarias con el hombre y las demás especies que por todos estos siglos se han nutrido de ellos, tal como lo describe la tesis que escribió al respecto, Ana María Arango, una ingeniera forestal de la Universidad de Antioquia, quien plantea una serie de sugerencias que deberían extenderse a todos los nacimientos de agua salada: incluirlos en diversas campañas educativas y planes de manejo oficiales para reivindicar su importancia económica, social y ambiental, señalarlos, crearles unas zonas de cercamiento que los proteja, realizar jornadas consuetudinarias de limpieza para evitar su taponamiento y colmatación, evitar que se vierta en ellos residuos domésticos y todo tipo de basuras, adelantar prácticas adecuadas del manejo de los suelos y las coberturas que los rodean, entre otras acciones que nos ayuden a entender a todos, en tiempos en donde se anuncia que las próximas guerras serán por el agua; y cuando lastimosamente se hace cada vez más necesario recordarnos que ésta es un bien público, que estas fuentes salinas, lejos de ser esos pequeños charquitos que hoy miramos con indiferencia, son verdaderos torrentes de vida, a pesar de que corran lejos de nuestros ojos, debajo de nuestros pies, y solo veamos esos pequeños pozos, que una vez más nos indican, casi en silencio, cuán analfabetos somos los hombres a la hora de leer el territorio en el que vivimos.

SEPTIEMBRE DE 2012.



POR ANDRÉS ÁNGEL GÓMEZ

**L**a selva, la altura y la niebla esconden y conservan uno de los lugares más hermosos, poco conocidos y visitados de la geografía antioqueña: la laguna Santa Rita. Un cuerpo de agua ubicado sobre la cordillera Occidental de los Andes colombianos, al sur de la reserva natural Farallones del Citará.

Es muy poco lo que se conoce acerca de este acuífero situado en el cerro Caramanta, a 3.650 metros sobre el nivel del mar. Su hallazgo se asocia a dos hechos: el descubrimiento de la zona de páramo del cerro, en 1977; y el accidente de la avioneta HK 593P, ocurrido el 15 de abril de 1979. *“En medio de las labores de rescate descubrimos la laguna”*, recuerda Gabriel Libardo Rendón Mejía habitante del corregimiento Santa Rita, quien hizo parte del grupo de campesinos que les ayudaron de manera muy intensa a los equipos de rescate ese abril del 79, para que éstos pudieran llegar hasta el lugar del siniestro.

Jesús María Espinosa, miembro del equipo de rescate en alta montaña de la Cruz Roja, que también participó en las labores de búsqueda y socorro en dicho accidente, recuerda que sin la ayuda de los labriegos de la zona el rescate hubiera sido imposible. *“Las operaciones demoraron unos 20 días. Lo más duro fue llegar al sitio en donde estaba la avioneta. Al principio, lo intentamos por varios caminos que resultaron errados, pues nos decidimos por aquellos sitios que nos indicaban desde el helicóptero, y que marcaban en donde se hallaba la aeronave accidentada; pero luego nos enfrentábamos a una topografía llena de precipicios que superaba incluso, el kilómetro de profundidad.*

*y constantemente teníamos que replantear las rutas en medio de una vegetación totalmente virgen; bosques primarios que, hasta ese momento, no habían sido tocados por el hombre”, dice Jesús María, y agrega: “En esas labores fue muy valioso el apoyo del personal de la región, que en definitiva, fueron los que se encargaron de abrir el camino hasta el cerro”.*

Después de que se estableciera el sitio exacto en donde se hallaba la avioneta accidentada, otros grupos de rescate intentaron llegar, pero a pesar de tener las indicaciones no lograban encontrar este lugar, y fue otra vez un grupo de baquianos los que debieron enfrentarse a la montaña, *“estábamos en pleno invierno, pero nosotros pudimos ayudarles otra vez a esos nuevos equipos de rescate para que esta vez lográramos llegar hasta un punto que no había sido pisado por nadie; y a partir de ahí, abrimos una trocha a punta de machete que nos permitió llegar por otra ruta hasta el lugar del accidente”*, recuerda Rendón Mejía, uno de los habitantes más antiguos de esta región.



## SANTA RITA

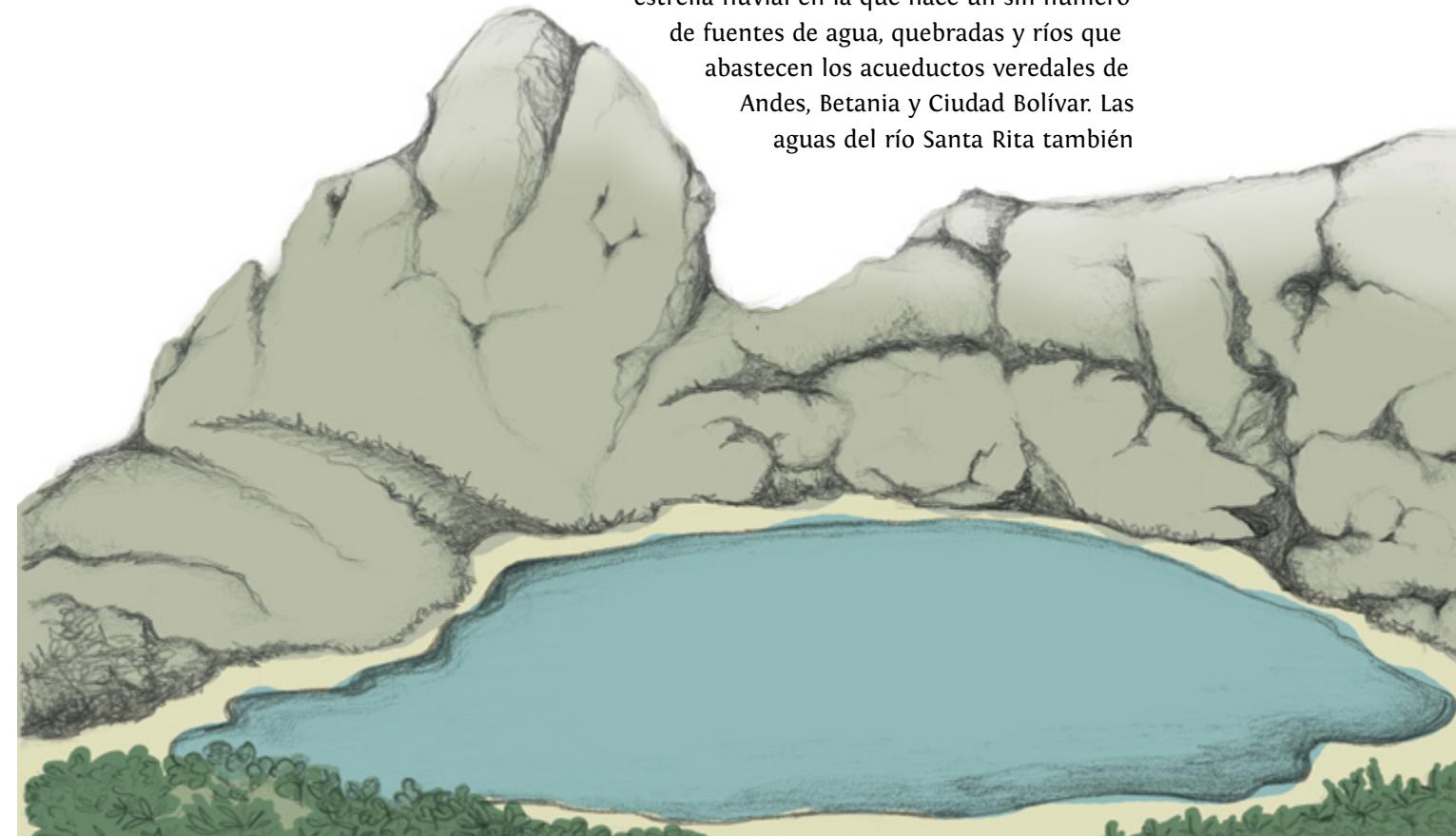
El descubrimiento de esta laguna fue motivado entonces, por las labores adelantadas por la misión de rescate de ese accidente ocurrido en 1979, en donde no se encontró ningún sobreviviente, razón por la cual todo se enfocó en el rescate de las víctimas. *“El cuerpo de agua fue hallado ante la necesidad de establecer un sitio de menor altitud con relación al lugar en donde quedó la avioneta, para ejecutar desde allí, con mayor facilidad, todo lo relacionado con la evacuación por vía aérea. Así, que el hallazgo de la laguna, fue también mérito de los pilotos de los helicópteros, quienes nos indicaron su posición exacta, el sitio junto al cual ellos podían aterrizar y despegar en mejores condiciones”,* declara Espinosa.

Así pues, el hallazgo de esta hermosa laguna no sólo significó la posibilidad de evacuar los cuerpos de las víctimas de dicho accidente aéreo, sino que además, les permitió a los rescatistas poder abastecerse de agua. *“Hasta ese momento habíamos obtenido el agua a base de exprimir musgos y cardos, así que topamos con semejante laguna fue toda una recompensa a nuestra persistencia”,* añade Espinosa.

Este humedal de alta montaña presenta un hábitat acuático particular, obviamente poco explorado. Su ubicación en los farallones del Citará se enmarca dentro de los territorios limítrofes que hay entre Antioquia, Caldas, Risaralda y Chocó. *“La laguna se encuentra rodeada por un ecosistema de páramo. Presenta unas especies características de estas zonas, tales como **los frailejones, las puyas o cardos**, una gran cantidad de musgos, helechos, orquídeas y las Bromelias”,* explica Elver Andrés

Ledesma, tecnólogo forestal de Andes, quien agrega: *“este humedal ha sido muy poco estudiado. Ahí nace el río Santa Rita, que es una de las cuencas más importantes que tiene el municipio de Andes, y es quizás también, uno de los tributarios más importantes del río San Juan, el eje articulador de toda esta parte del suroeste antioqueño”.*

La zona en donde se encuentra ubicada la laguna Santa Rita, la convierte en un importante regulador de la actividad hídrica debido a la pendiente y la alta humedad, de ahí que los farallones del Citará sean una estrella fluvial en la que nace un sin número de fuentes de agua, quebradas y ríos que abastecen los acueductos veredales de Andes, Betania y Ciudad Bolívar. Las aguas del río Santa Rita también



son aprovechadas para la generación de energía, a la altura del corregimiento que lleva el mismo nombre.

*“La laguna se encuentra rodeada por una zona de bosques prístinos bien conservados. Uno encuentra zonas explotadas y aprovechadas sobre la frontera agrícola y pecuaria donde se encuentran los potreros, los cultivos de café, la explotación forestal de maderas valiosas y la minería. Pero a medida que se asciende y no existen posibilidades para que se le explote, se encuentran unos bosques muy bien conservados”, comenta Ledesma.*

#### PELIGROS ECOLÓGICOS

Basta con echar un vistazo sobre la carretera que va del corregimiento Santa Rita hasta la vereda La Soledad para descubrir los entables para la extracción de oro. La actividad minera desde hace varias décadas ejerce una notable presión sobre el ecosistema y el agua de la región.

En el mes de septiembre de 2012 se presentó una mortandad de peces a causa del cianuro utilizado para el beneficio del metal precioso. Decenas de peces Capitanes y Sabaletas fueron las víctimas esta vez,

#### De agua somos

Del agua brotó la vida. Los ríos son la sangre que nutre la tierra, y están hechas de agua las células que nos piensan, las lágrimas que nos lloran y la memoria que nos recuerda.

La memoria nos cuenta que los desiertos de hoy fueron los bosques de ayer, y que el mundo seco supo ser mundo

mojado, en aquellos remotos tiempos en que el agua y la tierra eran de nadie y eran de todos.

¿Quién se quedó con el agua? El mono que tenía el garrote. El mono desarmado murió de un garrotazo. Si no recuerdo mal, así comenzaba la película 2001, Odisea del espacio.

Algún tiempo después, en el año 2009, una nave espacial descubrió que hay agua en la luna. La noticia apresuró los planes de conquista.

Pobre luna.

*Eduardo Galeano. “Los hijos de los días”.*

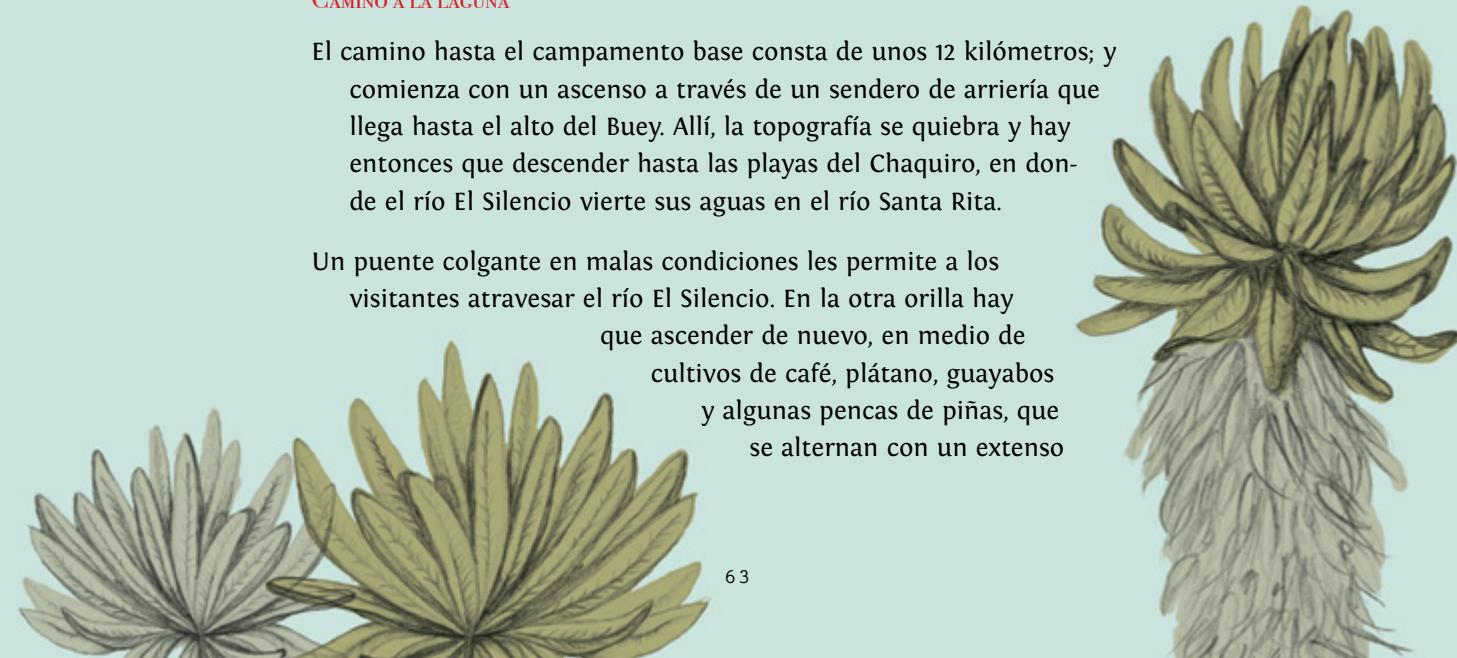
especies que daban vida al río, y que murieron por culpa de la minería que en esta zona está en aumento a raíz de la llegada de mineros.

*“Personalmente creo que otro de los riesgos para la zona lo constituyen los problemas derivados del turismo no controlado, pues la gente suele arrojar muchas basuras y elementos que pueden generar incendios, lo que pone en riesgo la fauna y la flora del lugar”, manifiesta Ledesma, quien agrega, “el cambio climático es otro factor que sin duda ha afectado la regulación hídrica, la vegetación y la fauna asociada a este ecosistema. Si bien esta zona está declarada como una reserva forestal, es importante que se le administre como tal, y en consecuencia, se adopten medidas efectivas de conservación, para evitar ciertas amenazas que se pueden controlar en alguna proporción”.*

#### CAMINO A LA LAGUNA

El camino hasta el campamento base consta de unos 12 kilómetros; y comienza con un ascenso a través de un sendero de arriería que llega hasta el alto del Buey. Allí, la topografía se quiebra y hay entonces que descender hasta las playas del Chaquiro, en donde el río El Silencio vierte sus aguas en el río Santa Rita.

Un puente colgante en malas condiciones les permite a los visitantes atravesar el río El Silencio. En la otra orilla hay que ascender de nuevo, en medio de cultivos de café, plátano, guayabos y algunas pencas de piñas, que se alternan con un extenso





matorral repleto de helechos y de chusque, que en ocasiones, entorpece el caminar.

A esta altura del trayecto, el caminante agradece que el trayecto se interne entre un robledal. La sombra que este genera aligera un poco el esfuerzo que supone subir por el filo de la montaña hasta el alto de los musgos, ubicado a unos 2.800 metros sobre el nivel del mar.

Desde allí se desciende otra vez, unos cien metros para luego subir otros cincuenta, en una suerte de columpio que llega a un pequeño claro en el bosque, cuyo nombre es todo un homenaje a la precisión en el uso de las palabras, pues con gran justeza lo han puesto: El Descanso. Unos pasos atrás, antes de llegar al anhelado descanso es posible encontrarse con algunas avispas que por épocas instalan sus panales entre las raíces que atraviesan el sendero. A estos insectos se les suele vadear, no sin algunos piquetes, nada que un amante de la naturaleza no pueda soportar.

A partir de este punto se desciende por un terreno abrupto y peligroso. Las raíces y ramas de los árboles sirven a la vez de camino y asideros sobre unos precipicios que pueden alcanzar hasta los cincuenta metros de altura.



Con el uso de algunas cuerdas y una improvisada escalera se alcanza de nuevo las orillas del río El Silencio, que a esta altura, 2.636 m.s.n.m., recompensa al visitante con sus aguas frescas, prístinas y puras; una imagen digna de un comercial.

En el río es necesario apresurar la marcha, pues se deben trasegar todavía otros seis pasos, vertiente arriba, para llegar hasta su afluente, que también con algo de justeza, ha sido nombrada como El Desconsuelo, una cañada que debe cruzarse en dos ocasiones.

El Desconsuelo es el lugar ideal para que el caminante se pruebe a sí mismo de qué madera está hecho, y después de recuperar el aliento, emprenda el último tramo, unos 770 metros de ascenso vertical, para llegar así hasta la Señal, el campamento base, a 3.523 m.s.n.m. Ahí es donde se comprende por qué la cañada fue bautizada con ese nombre y se advierte la magnitud de la montaña que se pretende desafiar.



Si hasta aquí, el camino tenía pequeños momentos tortuosos y extremos, el nuevo tramo llevará al visitante a etiquetarlo como tal minuto a minuto, pues muy seguramente, la montaña lo hará arrodillarse en varias ocasiones. Y como si la topografía no fuera suficiente, es muy probable encontrarse de nuevo con las avispas, que revolotean en rededor de sus nidos. Esos hermosos insectos que en momentos así, de fatiga extrema, no suelen ponderarse en su medida, pues su presencia lejos de querer molestar a los viajeros, tiene por objeto cumplir con la invaluable función de polinizar este bello bosque pluvial montano.

Si el camino se emprende desde temprano, es posible llegar a la Señal en la tarde, el sitio en donde se puede acampar. Este lugar ha sido acondicionado con tres tarimas de madera que facilitan el montaje de las carpas. No hay agua, ni servicios sanitarios, pero tampoco, ruido ni basuras, nada que sugiera la presencia humana, una invitación a que todo se mantenga de esta forma.

### HACIA SANTA RITA VIRGEN

Luego de pasar la noche allí, se debe emprender el camino rumbo a la cima del cerro Caramanta. El sendero asciende sobre el filo de este cerro, y pasa justo por el lugar en donde se encuentra lo que quedó del fuselaje de la avioneta accidentada ese 15 de abril de 1979.

Los restos de la aeronave descansan ahora sobre un pajonal lleno de orquídeas y bromelias, una especie de mausoleo natural, que a su manera, sirve de mensaje para advertirle al visitante de la imponente de esta montaña, que permanece ahí, como un testigo perenne del ciclo vital.

Luego de caminar una hora y cuarenta minutos, aproximadamente, a buen paso, se alcanza la cima del Caramanta. Un lugar que permite divisar Jardín, Jericó, Andes y los territorios de los departamentos de Caldas, Risaralda y Chocó. Lo azaroso ahora es que después de tanto caminar, es muy probable que al llegar al mirador sobre la laguna Santa Rita, ésta se encuentre totalmente cubierta por una densa capa de neblina, el elemento más característico de estas montañas húmedas del Suroeste antioqueño, un imprevisto imposible de controlar, lamentablemente.

En este mirador es inevitable no meditar un rato. Y si se quiere y se cree, se puede invocar a Santa Rita, la patrona de las causas imposibles, para que sople un viento suave que descubra el espejo oscuro de agua, y el caminante, pueda guardar así, en su mente, esa maravillosa panorámica. La recompensa por todo lo que sufrió en este camino que, paso a paso, le permitió comprender que aún hoy es muy grande la frontera que separa la naturaleza y eso que llamamos la civilización humana. Una trocha que por momentos, a todos por más amantes de la naturaleza que se declaren, les parecerá imposible de seguir.



La Tragedia  
de El Barro  
(La historia de la quebrada  
El Barro, en Bello)


 Cómo imaginar que ese débil caño de agua, que la gente saltaba, casi sin ver, con solo dar un paso un poco más grande de lo habitual, podría matar a 42 personas? Era la pregunta que taladraba la cabeza de muchos de los sobrevivientes de El Salado, uno de los sectores más afectados por la tragedia ocurrida el jueves 6 de octubre de 2005, en Bello, Antioquia. La catástrofe que todos los pobladores de esta localidad recuerdan como la de El Barro; pues ese es el nombre de la quebrada en cuyas aguas se alojó la letal avenida torrencial que esa noche arrasó, además, con 14 viviendas; aunque paradójicamente es para muchos una de las quebradas más pequeñas entre las cincuenta y siete que, según los datos oficiales, recorren este Municipio.

A ese interrogante le han dado vueltas por años Carlos Alberto Gallego y su esposa Nidia Eliza Montoya, quienes todavía recuerdan hoy, no sólo la creciente, sino todo lo que vivieron los días siguientes a la tragedia, cuando debieron acomodarse junto a sus tres pequeños hijos, el mayor tenía por entonces sólo 11 años, en el albergue que la Administración Municipal habilitó en la escuela de Primavera, para auxiliar a quienes perdieron sus viviendas o se hallaban en zonas de alto riesgo. *“Nosotros, por fortuna, vivíamos algo retirados del cauce; y aunque todo se nos inundó, no perdimos seres queridos. Bueno, a excepción de los perros y unos gallos de pelea que teníamos, que también quedaron atrapados en el lodo; como todas las demás cosas de la casa: las camas, los electrodomésticos, los muebles, todo eso se perdió”,*

comenta Carlos Alberto Gallego, con enorme tranquilidad, como si contara una historia ajena, aunque enseguida, agrega, ahí sí con gran tensión: *“... Otra cosa hubiera sido si todo pasa de día. Le cuento que si la tragedia hubiera sido por la mañana o por la tarde, la mayoría de la gente que sobrevivimos estaríamos locos, porque como todo ocurrió de noche, la oscuridad, lo quiso Dios, que es tan grande, no nos dejó ver las cosas mientras iban pasando: la caída de las rocas, la avalancha de lodo, y sobre todo, la gente yéndose, gritando. ¿Usted se imagina lo que es ver a la gente irse por esas aguas, y sin poder ayudarlo? Mejor dicho, uno se tira o se vuelve loco”. Dice Carlos Alberto, casi a la par con su esposa Nidia, quien lo interrumpe para aclarar: “Nosotros, en medio de la oscuridad, lo único que podíamos hacer era ver cómo estaban los niños, mientras oíamos que la quebrada sonaba al bajar como si en sus aguas hubieran prendido muchas motosierras al tiempo”.*

Al parecer, el sonido es una de las marcas que las avenidas torrenciales suelen dejar entre sus testigos. Doña Rocío Sosa, otra de las sobrevivientes, y quien habita en El Salado desde hace 31 años, lo recuerda como si unos cincuenta volqueteros hubieran acordado vaciar los volcos de sus carros, repletos de piedras grandes en el mismo instante; mientras que un taxista, que suele recorrer esta zona, comenta que a él se lo describieron como el ruido que hace un tren cuando se descarrila. Lo cierto es que en El Salado todos confluyen al señalar que la tragedia ocurrió en cuestión de minutos. Incluso, El Colombiano del viernes 7 de octubre de 2005, el día siguiente a los hechos, publicó el testimonio de Juan Bautista López, un campesino del sector

que le contó al periodista León Jairo Saldarriaga, mientras sostenía una Biblia en su mano derecha, según la descripción del diario, que *“al final, todo se veía blanquito”*, y explica luego, el autor del texto, que este labriego decía tal cosa: *“sin entender que el color que resplandecía en medio de la lluviosa noche era el de las toneladas de piedras que quedaron dispersas en el cauce de la quebrada”*. Ese mismo resplandor lo vio doña Rocío Sosa: *“... eso se veía hasta bonito porque las piedras quedaron muy ordenadas, como si alguien hubiera comprado unas piedras muy parejitas y lavadas para construir una muralla, como una especie de vallado”*.

En efecto, las **avenidas torrenciales** se caracterizan por ser crecientes impetuosas de un río o un arroyo (DRAE 2001); y se les dicen torrenciales porque se supone que ese caudal está formado de agua acompañada de grandes rocas, tierra, árboles, etc., que viajan a alta velocidad a lo largo del cauce de una corriente con fuerte pendiente; esta última, una condición inherente a la topografía de Bello, pues de los 140 kilómetros cuadrados que posee este municipio, sólo veinte configuran el sector urbano que, por demás es una zona plenamente poblada en su parte plana y muy ocupada en las laderas, y que se encuentra en una especie de plano inclinado que desciende de 1.600 a 1.400 metros sobre el nivel del mar; mientras que las montañas que rodean esta localidad sobrepasan los 2500 metros, como es el caso del Cerro Quitasol, una montaña piramidal de 2880 metros, considerada el cerro tutelar de este Municipio; al igual



que la Serranía de las Baldías, una verdadera estrella fluvial en donde nacen cerca de diez quebradas, entre ellas El Barro, que recorre el casco urbano del corregimiento de San Félix, desciende por la vereda Hato Viejo y continúa por El Salado, para unirse en la terminal de buses, el sector que todos allí llaman Bellanita, a la quebrada La García. Hasta la noche del 6 de octubre de 2005, la quebrada El Barro era para todos un inofensivo caño que durante buena parte de su trayecto no supera los treinta o cuarenta centímetros de ancho, pero que esa noche dejó rocas dispersas en un área superior a los 300 metros.

La diversidad de montañas y bosques y la riqueza hídrica son sin duda alguna, los aspectos más prominentes dentro del patrimonio del municipio de Bello, una localidad que es la segunda en importancia en Antioquia; y es también, el municipio no capital de Departamento con el mayor número de habitantes en Colombia: 371.973 según el censo de 2005. Sin embargo, como en muchas localidades colombianas, también en Bello, los bosques nativos y las mismas quebradas han sufrido un gran deterioro en los últimos años por diversas razones. En las zonas periféricas de este municipio se asienta, por ejemplo, más del 70% de las areneras del Valle de Aburrá, una industria cuyas prácticas ambientales no son las mejores; y además, en la mayoría de sus quebradas es muy habitual que se construyan improvisadas viviendas, que en muchos casos no respetan los treinta metros obligatorios como retiros, según lo establecido por la ley. Doña Rocío Sosa recuerda por ejemplo, que varias veces vio a una de las víctimas de la tragedia jugar la trapeadora en las aguas de la quebrada, desde la misma puerta de la casa, mientras la aseaba en las mañanas.

*“La población colombiana se ha cuadruplicado en los últimos cincuenta años, y su urbanización también está en la misma proporción: tres de cuatro colombianos viven hoy en las ciudades; y para que eso se haya dado, muchas personas venidas del campo han debido construir sus viviendas en áreas expuestas a riesgos, lo que incrementa su vulnerabilidad. Por esto, la educación ambiental no es un asunto sólo de proteger ciertas zonas, sino de entender la historia remota de todos los lugares, el tipo de suelos, los usos que se le dieron en el pasado a esas tierras; y claro, lo que representan sus transformaciones actuales; y esto no es sólo una tarea para las autoridades, sino también para esos nuevos pobladores, que están allí como reflejo de muchas problemáticas sociales que aquejan a todo el país; y en esa medida, hay que ayudarles a entender ese territorio, a leerlo e incluso, a vigilarlo”, comenta el geólogo y profesor, Michel Hermelín.*

En el municipio de Bello, la habitabilidad en las laderas de las quebradas es un asunto neurálgico; una de las problemáticas de obligatoria inclusión en el plan de gobierno de todas las administraciones, desde hace unos cuarenta años. De hecho, hay quienes señalan que la quebrada La García, a raíz de sus desbordamientos anuales, durante las épocas de invierno, se ha vuelto mucho más famosa que la misma cuna de Marco Fidel Suárez, el personaje más ilustre de esta localidad, y que los reconocidos festivales de música colombiana que se organizan allí. La García es una quebrada que se nutre de unos veinte afluentes y recorre a su paso unos

quinze barrios grandes o incluso, más, entre los que se cuentan: Primavera, El Trapiche, Playa Rica, El Cairo, Prado, Los Ángeles, El Congolo, San Nicolás, El Tapón, El Hueco, El Chispero, Panamericano, Las Granjas, Ferrocarriles, entre otros, en donde habitan unas 1600 personas, que en los últimos años han resultado menos afectadas gracias a diversos trabajos de sensibilización, reubicación, demoliciones, construcción de gaviones, muros y otras obras que se han adelantado conjuntamente entre la Alcaldía, el Área Metropolitana, CORANTIOQUIA y la misma Gobernación de Antioquia, y que han incluido además, otros programas educativos con dichas comunidades.

*“La Administración Municipal mantiene muy pendiente de todas las quebradas del Municipio, pero es una problemática innegable, y no es sólo lo que pasa con La García. Quebradas como La Madera, en los límites con Medellín, ha sido invadida en sus riberas, y en el sector de José Antonio Galán forma una especie de isla, un sector que incluso se llama así, y en donde la gente ha construido sus viviendas con el riesgo que implica hacerlo en esta zona. La quebrada La Loca también presenta unos índices altos de construcción en sus orillas. La quebrada El Hato, en la parte urbana, la comunidad está apostada en su entorno, y como su lecho es muy rocoso, cuando llueve mucho, se genera una vibración que afecta los costados y ha derivado en el arrastre de viviendas. La Abelina presenta mucha colmatación, pues en sus riberas viven muchos areneros que derivan su*

sustento de ella y de otras zonas cercanas. Y lo mismo sucede, al otro lado del río Medellín, en donde se hallan varias quebradas como La Camila que también ha sido invadida; pero además del tema de las construcciones en zonas riesgosas, también es preciso hablar del mal manejo que muchas comunidades hacen de sus residuos. En el caso de la quebrada La Señorita, a causa de esto, era por ejemplo, algo recurrente que después de cada aguacero se inundara la glorieta del Éxito, por mencionar este sitio. Pero desde hace ya varios años se han promovido distintas campañas educativas y se han consolidado grupos de preventivistas en cada una de las quebradas; y además, se han montado nueve sistemas de alertas tempranas. Es más, en este momento se adelanta un plan para reubicar a unas 1500 personas de las 5500 que habitan zonas de alto riesgo en el Municipio", comenta Frayden Rueda, coordinador de emergencias de Bello.

Las zonas de alto riesgo son sin duda alguna el escenario más complejo antes, durante y después de las tragedias. Para las personas que promueven los distintos programas de prevención es muy difícil convencer a una familia, sólo en nombre de la normatividad, de que debe marcharse de su casa y acogerse a una oferta de reubicación, que las más de las veces, se concretará a mediano o a largo plazo. Uno como funcionario no puede



desconocer que para estas familias los planes a mediano o largo plazo no existen; su cotidianidad se mueve generalmente, en torno a un angustiante presente. Habitualmente, se trata de familias compuestas por cuatro, cinco e incluso, más hijos; y ello lo pone a uno, sobre todo cuando se realiza el trabajo en campo, en relación directa con las comunidades, a moverse bajo una gran premisa: concientizarlos de su situación, sin perder de vista una segunda: ayudarles a leer el territorio que habitan", señala Frayden.

Hoy, cinco años después de la tragedia de El Barro, los habitantes de El Salado han recibido por ejemplo, diversas capacitaciones en torno al comportamiento de sus aguas, consideradas hasta entonces por ellos, como un inofensivo caño. Si el nivel de sus aguas crece, disminuye o su coloración varía, todo ello indica que algo está sucediendo aguas arriba, y esto deben reportarlo como integrantes del grupo de preventivistas que el Municipio ha consolidado en esta zona. "Imagínese que a finales de 2004, el año anterior a la tragedia, durante el invierno de ese octubre, que también fue muy lluvioso, hubo una creciente que tapó la zona de los charcos, un lugar al que la gente iba a bañarse, y no le paramos bolas a eso; y ese mismo año también, un vecino, Javier "Pinche", me preguntó si yo había sentido el temblor de tierra de esa noche, y yo le dije que no había habido ningún temblor, y él me dijo que la prueba estaba mucho más arriba de donde vivimos porque

había un montón de piedras y arenas amontonadas, y a eso tampoco le paramos bolas”, recuerda doña Rocío Sosa, mientras Carlos Alberto y Nidia, muy concientizados ya de la importancia de valorar cualquier cambio que se presente en las aguas de la quebrada, rememoran también que muchas veces se veían en grandes dificultades para utilizar el agua que lograban llevar hasta sus casas mediante el improvisado acueducto del cual se surtían, que por demás, constaba sólo de un enorme tanque, ubicado en la finca de Los Zapata, y de unas largas mangueras, que debían reparar a cada tanto, pues en muchas ocasiones el agua llegaba completamente café, arenosa, debido a diversos deslizamientos, a los que tampoco les hacían mucho caso por entonces. *“... es más, cuando ocurrían esos deslizamientos, la gente no los veía como tal. Una vez que hubo uno muy grande, uno oía a la misma gente en el parque de Bello muy emocionada*

### Avalancha

Soñé ser un gran cóndor  
con las alas enteras,  
un cóndor de Los Andes,  
muy libre en las alturas.  
Absorto ante el deslave  
de las nieves derruidas  
rodando por las faldas,  
dejando en las laderas  
las rocas ya desnudas,  
sin árboles, sin vida,  
despojadas del manto  
de las nieves perpetuas.  
En avalancha horrenda

bajaban la pendiente  
en horrisono empuje  
toneladas de muerte,  
nieve manchada en lodo,  
rocas rompiendo árboles,  
tierra en fango tornada  
manchando los torrentes,  
y todo este fenómeno  
arrasando con todo.  
Los bosques, los pinares,  
cosechas y ganados,  
caminos, carreteras,  
los puentes y las gentes,

en sinfonía tétrica  
de chasquidos, bramidos,  
gemidos, alaridos  
y gritos espantosos,  
todo rodó en instantes  
a través de gargantas  
y cañadas voraces,  
hasta inundar los valles  
con una mezcla informe  
de silencio y de muerte.  
Desde mi lontananza  
oteo tan dantesco  
cuadro de destrucción.

y sin embargo veo  
a tantos tristes seres  
mal llamados humanos  
que se supone son  
la máxima conquista  
del genio y la razón,  
otra vez depredando  
los musgos, las palmeras,  
los árboles y todo  
cuanto hallan a su paso  
siempre depredador,  
quemando en las laderas  
la hojarasca y las ramas

disecadas al sol,  
preparando otra nueva  
avalancha mortífera,  
despejando el camino  
que conduce al horror  
Y es que el hombre por  
siempre  
ha sido, fue y será  
esa triste criatura  
que sus mismos errores,  
siempre repetirá.

*Autor: Fernando el grande.*

porque según ellos, en el peladero de la montaña se veía el rostro de la virgen, es decir que no se veía eso como un problema, sino como un milagro”, comenta Carlos Alberto, damnificado de la tragedia.

Las representaciones sociales es otro de los factores que resulta clave en cualquier proceso asociado a la gestión del riesgo en una comunidad. Después de la tragedia de El Barro, el espectro de explicaciones que muchos habitantes de Bello le dieron a los hechos fue bastante colorido. Algunos dijeron que esa comunidad estaba “salada” por llamarse justamente así, El Salado; otros comentaban que se trataba de un ajusticiamiento divino, al estilo de Sodoma y Gomorra, pues se rumora que en las aguas de esta quebrada se practicaban algunos ritos satánicos y se leían libros no muy santos; otros más, sentenciaron que todo se debió a la llegada de una “nube marina”, una especie de nube “reina”, que se descargó justamente en este sector; pero la mayoría de las personas asociaron los hechos a la Represa de Fabricato, tildándola como la gran culpable, e incluso, aún hoy se escucha que hubo algunas personas que vieron a un par de tipos cuando abrían sus compuertas ese 6 de octubre de 2005; la jornada, sin duda alguna, más agitada de la historia reciente de Bello, pues además de las 42 víctimas que dejó la avenida torrencial en la zona de El Salado, esta localidad se desocupó al tenor de un anuncio que esa noche también se desbordó por muchas de sus calles: *“... la represa de Fabricato se vino, hay que imos. Bello se va a inundar”*. Creció tanto la ola de temor que hasta los transportistas tuvieron que habilitar sus buses y taxis para movilizar

a más de cien mil personas que les pedían a sus conductores que no sólo los llevaran lejos del municipio, sino que además los dejaran en lugares altos de Medellín o Copacabana.

*“Ese día, nosotros, los que trabajamos con emergencias en el Municipio, estábamos acuartelados porque desde las 4:30 de la tarde comenzó a llover, y por la vulnerabilidad de muchas comunidades asentadas junto a las quebradas, estábamos muy atentos. Lo que nunca nos imaginamos era que antes de las 8:00 de la noche, la hora en la que más o menos ocurrió lo de El Barro, tendríamos que estar desalgando los sobrevivientes de este sector, en medio de unos cuadros demenciales por las escenas de muerte que se dieron allí, y a la vez, convenciendo al resto de la población de que no dejaran solas sus viviendas, que Bello no se iba a inundar, que el pánico era el peor enemigo en estos casos; y de hecho, hubo hasta personas heridas por haberse tirado desde los balcones al pretender escapar de lo que según ellos, iba a ser la inundación más grande de la historia, producida por las aguas de la represa de Fabricato, que en el ámbito de las represas es verdaderamente pequeña, un criadero de patos, como se dice vulgarmente, y que además, no se rige por un sistema de compuertas, como muchos lo señalan, sino de escotillas; y que tampoco su única barrera son las montañas,*

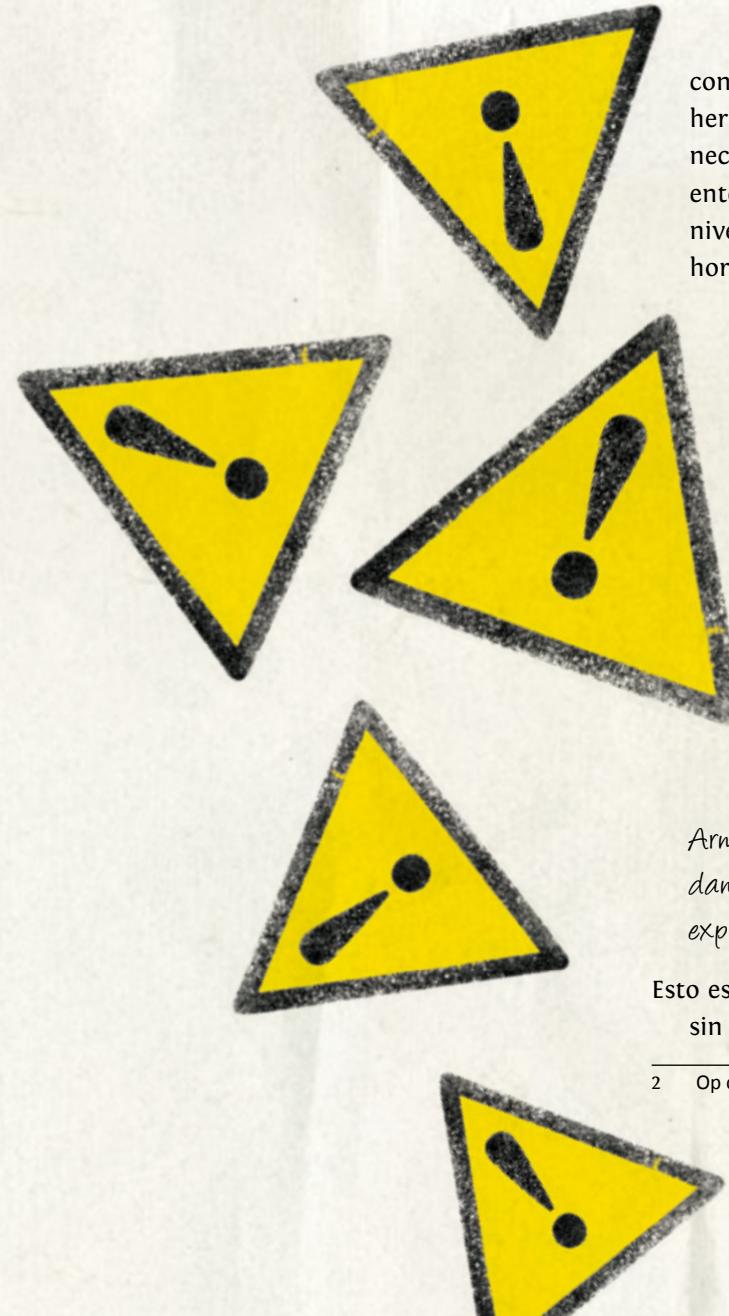
*como también se ha difundido. Y a pesar de que hemos llevado a mucha gente hasta allá, a las escuelas y a muchos otros grupos de personas, gracias a la colaboración de Fabricato, para explicarles como esta empresa, muy querida por muchos en el municipio, la tiene allí para surtir su planta de agua y energía; aún con todo ello, el rumor todavía persiste. A la gente le cala más ese cuento que las explicaciones científicas”, comenta Fra-yden Rueda, coordinador de emergencias del Municipio, mientras suelta un gran suspiro y mueve su cabeza bruscamente, como si de esta manera consiguiera acallar el ruido de esos recuerdos que acaban de invadirlo otra vez, mientras agrega: “... es lo más duro que he vivido en casi 35 años que llevo metido en el mundo del socorrismo.”*

Por fortuna, la calma retornó con relativa rapidez al Municipio, mientras en El Salado se adelantaba el traslado de los sobrevivientes a los albergues y se rescataban algunos cuerpos. De los 42 muertos que dejó esta tragedia sólo quedaron sin rescatar los cuerpos de dos personas, un adulto y un niño. De esto y mucho más hablaron los medios de comunicación de todo el país, que por supuesto, se ocuparon de la tragedia: la descripción de la avenida torrencial, los testimonios de los sobrevivientes, los planes de subsidio para la reubicación lanzados por las autoridades locales y nacionales; las muestras de solidaridad provenientes de todo el país; y las concurridas

ceremonias fúnebres, hubo familias que perdieron a más diez integrantes de varias generaciones, celebradas en las diferentes parroquias del municipio, colmadas por demás por una buena parte de los habitantes de esta localidad, como muestra de la depresión en que estaba sumido Bello, ocuparon la mayoría de los espacios escritos y audiovisuales del país, pero una vez más, tal como lo analiza Daniel Hermelín en su texto: Los desastres naturales y los medios en Colombia: ¿información para la prevención? “Se privilegió una descripción detallada de los acontecimientos, y poco se habló de las explicaciones sobre sus causas y consecuencias, desde la perspectiva de los científicos y los expertos. Explicaciones que cuando aparecen son limitadas, o incluso se intercalan con las de carácter sobrenatural”<sup>1</sup>.

Es decir, poco o nada se habló por esos días de la frecuencia de un fenómeno como las avenidas torrenciales en un país como el nuestro, de gran pluviosidad y topografía compleja; no se mencionaron sus antecedentes históricos, tampoco se habló de los alcances sociales más allá del número de víctimas y la cuantificación inmediata de las pérdidas materiales; y mucho menos, se analizó qué tan pronosticables o mejor aún, cómo se puede convivir con este riesgo, pensando sobre todo, que la invasión de los cauces de quebradas y ríos es una constante en Colombia. Sí, al parecer, las voces de geólogos, ingenieros, urbanistas y sociólogos, por mencionar sólo algunas profesiones ligadas a estas temáticas, aún no se consideran unas buenas fuentes en estos casos, y en

<sup>1</sup> Hermelín, Daniel. Los desastres naturales y los medios en Colombia: ¿Información para la prevención?  
En: Gestión y Ambiente. Volumen 10. N 2. Agosto de 2007.



consecuencia, no se valora la información como una valiosísima herramienta de prevención, aunque es necesario advertir, que es necesario elaborar esa información para hacerla verdaderamente entendible a toda la población, teniendo en cuenta los distintos niveles de formación, y no simplemente cubrir lo que pasa hora a hora en la zona afectada, porque lamentablemente no se sabe por cuánto tiempo más será válido preguntarse tal como lo hace el mismo Daniel Hermelín, en el texto referenciado anteriormente: “... ¿qué habría pasado si los medios de comunicación colombianos le hubieran explicado al público, que antes de la avalancha de Armero de 1985, hubo dos desastres de las mismas características y en el mismo lugar, uno en 1845 y otro en 1595, desastres que están documentados? Por otra parte, el sismo de San Francisco (Estados Unidos) en 1989, tuvo una magnitud cercana a 7.0 y dejó aproximadamente 80 personas muertas, y el de Armenia (Colombia), en 1999, tuvo una magnitud cercana a 6.0. Es decir, diez veces menor que el de San Francisco, y sin embargo el de Armenia dejó cerca de 1.200 personas muertas y cerca de 150.000 damnificadas. ¿Cómo habría reaccionado el público si se le hubiera explicado esto?”<sup>2</sup>.

Esto es, cinco años después de la tragedia de El Barro, la gente sigue sin saber casi nada sobre las avenidas torrenciales; los medios

<sup>2</sup> Op cit. Pag 107.

hicieron una muy buena labor de cubrimiento por aquellos tristes días de octubre, y la comunidad bellanita y nacional se conmovieron como cada vez que pasa una gran tragedia. Una tragedia que los habitantes de El Salado, contrario a lo que podría pensarse, no quieren olvidar, y que incluso consideran el motor que les llevó a organizarse hasta conseguir el acueducto veredal que tienen ahora, que por fin les lleva agua de muy buena calidad y de manera continua –durante el año siguiente a la tragedia, las 150 familias que habitan esta zona de Bello solo contaban con agua cuando llegaban unos carrotanques que distribuían este líquido en el sector.- Por eso, Doña Rocío Sosa, sobreviviente de la tragedia señala que ese ha sido el mayor triunfo como comunidad, y ella que es actualmente, la presidenta de la Junta de Acción Comunal, es también, la coordinadora general del acueducto, del cual, Carlos Alberto Gallego, otro sobreviviente, es su actual fontanero; Se trata de un acueducto que toma las aguas de la quebrada La Echavarría, un arroyo afluente de El Barro; razón por la cual ellos mismos remarcan la importancia de proteger su boca-toma y monitorear todo el terreno que ambas quebradas recorren; incluso, ya han realizado diversos trabajos de protección, entre los que se cuenta la siembra de Guadua y otras plantas nativas en sus orillas, las mismas que hoy están llenas de pequeñas cruces que les recuerdan los familiares y amigos que perdieron, o como dicen ellos mismos: “las mejores señales de alerta temprana que tenemos”<sup>3</sup>.

BELLO, AGOSTO DE 2012

<sup>3</sup> Para la construcción de este texto fue muy valioso leer el libro: Hermelín, Michel. Editor. Desastres de origen natural en Colombia 1979 - 2004. Universidad EAFIT. 2005



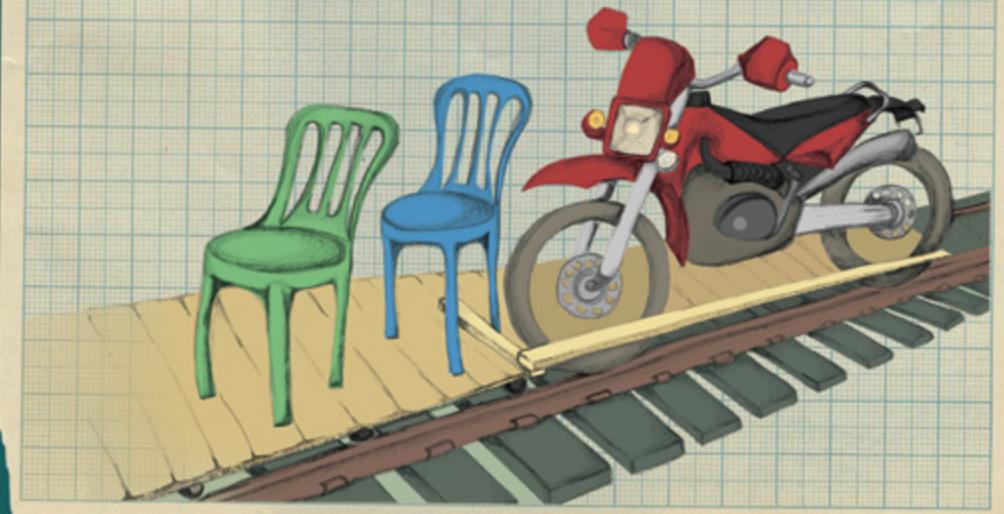
El corregimiento en el  
que todos sus habitantes  
son compadres

(Las tortugas en Puerto Triunfo)

**P**areciera que la Estación Cocorná no quisiera soltarse de su condición de vieja estación ferroviaria, pues aunque el tren haya dejado de pasar en 1986 por este corregimiento cuya población no supera los 1700 habitantes, y que nada tiene que ver con Cocorná y sí con Puerto Triunfo, el municipio al que pertenece y del que dista 24 kilómetros, las líneas férreas siguen siendo el camino más utilizado para llegar o salir de este lugar, a pesar de que exista una carretera paralela a la antigua vía del tren.

Todavía hoy, lo más utilizado en la Estación Cocorná es ese viejo par de largos rieles, que desde 1926 convirtieron a este poblado en sitio de paso para quienes viajaban entre Manizales y Santa Marta, pasando por La Dorada; y que hoy, como sucede en muchas de las poblaciones que albergaron alguna vez el ferrocarril en Colombia, se han vuelto una larga cicatriz que se niega a cerrar porque a pesar del paso de los años y la desaparición forzosa de las inolvidables locomotoras y sus respectivas sargas de vagones, esas viejas líneas férreas siguen alimentando añejas escenas, que hoy se repiten, claro está, con las nuevas generaciones que habitan esos pequeños poblados en donde las artesanales motomesas se las han arreglado para reemplazar al industrial ferrocarril. Sí, las motomesas, unos improvisados vehículos contruidos para mover entre seis y doce pasajeros, cuya estructura parte de unas sillas de plástico o madera, en donde van los viajeros ubicadas sobre unas tablas con balineras, que son a su vez, empujadas por una motocicleta acondicionada como tracción de todo el vehículo; una especie de pequeños vagones, pero al descubierto.

En la actualidad, en la Estación Cocorná, las motomesas son usadas para llevar la gente de este corregimiento hasta Puerto Triunfo o hasta la autopista Medellín-Bogotá, un trayecto que demora unos cuarenta minutos, y en donde sus pobladores suelen tomar el autobús con destino a Rionegro o Medellín, dependiendo de la necesidad que pretendan resolver. Las motomesas pasan a distintas horas del día, y tal como sucedía décadas atrás con los trenes, allí, una mujer deja por unos minutos de barrer la entrada de su casa para ver a una de ellas perderse a lo lejos, después de haber saludado y a la vez, haberse despedido del conductor y sus pasajeros, pues suele tratarse de rostros que le resultan conocidos; y lo mismo hace la anciana que mece su silla en el corredor de la casa, unos kilómetros más adelante, mientras al frente, unos niños se han quitado de los rieles al sentirla próxima; pero igual, desde la motomesa, sus pasajeros ven con indiferencia como los novillos de alguna de las inmensas





## ESTACIÓN COCORNÁ

haciendas que se hallan ubicadas a ambos lados de la vía, rodean un árbol en busca de sombra, mientras ellos van pensando en las cosas que deben hacer una vez lleguen a su destino; y claro, cuando la motomesa llega al corregimiento, sin

importar a qué horas del día lo haga (no suele haber viajes nocturnos), tal como sucedía cuando llegaba el tren; aunque eso sí, a menor escala, como si se tratara de una representación de esa vieja escena, inmediatamente, se acrecienta el murmullo de los negocios que se hallan cerca al sitio de arribo, pues los que están en ellos, se levantan para ayudar a los que llegan, o incluso para molestar a las muchachas que acaban de bajarse, pues siempre hay un hombre dispuesto a esto. *“A nosotros nos hace mucha falta el tren porque en esa época salía un gran gentío a vender tortas de bagre, avena y vikingos; mucha gente vivía de las conexiones que generaba el tren entre los compradores y los vendedores de pescado, limón o ganado. Pero en fin, con los años hemos aprendido que somos nosotros mismos quienes no podemos dejar que el corregimiento se vuelva un moridero, sino por el contrario, un lugar en el que sus habitantes valoren lo que éste nos ofrece, y esa es la apuesta que tratamos de dar cada vez más personas en el corregimiento Estación Cocorná”,* señala Isabel Romero, una de las líderes ambientales de este lugar.

Lo primero que han aprendido a valorar los habitantes de este corregimiento es su río, El Río Claro Cocorná Sur, un nombre demasiado largo para la habitual estrechez de los mapas, que simplemente denota el origen de esas aguas provenientes de la parte alta de la cordillera central, en el suroriente antioqueño, en donde nacen los ríos Claro y Cocorná, que se juntan luego, en este corregimiento, y desembocan finalmente en el río Magdalena. Un río que durante el invierno suele alcanzar la línea de las casas ribereñas sin provocarles grandes daños, pues hasta ahora, su crecimiento siempre ha sido progresivo, y ello permite que los moradores de dichas viviendas alcancen a trasladar sus pertenencias cuando es necesario; una situación que muchos de los afectados explican al describir con serenidad que se trata de aceptar que son ellos los que han invadido los espacios que le pertenecen al río *“el río se nos mete una vez al año en las casas, y eso sí acaso pasa; en cambio, nosotros vivimos todo el año en la casa del río”* comenta Aurelio Delgado, uno de los pescadores más antiguos de la región.

Por el contrario, durante el verano, este río se comporta como una gran piscina. De hecho, la mayoría de los habitantes de este lugar aprendieron a nadar en sus calmadas aguas, hasta convertirlo en el divertido lugar que generación tras generación, se ha hecho *“el gran amigo”* que la mayoría de los niños del corregimiento escogen para visitar después de la escuela, mientras

al fondo, junto a sus playas, las coloridas carpas de los campistas, que cada temporada son más, certifican el enorme potencial turístico de este corregimiento.

Se trata de un río cristalino que hace parte del corredor limítrofe entre los municipios de Puerto Triunfo, jurisdicción de CORNARE y Puerto Nare, jurisdicción de CORANTIOQUIA, un dato que no es menor, pues gracias a esta circunstancia se han logrado gestar diversas acciones interinstitucionales, algo que más allá de engrosar el balance de estas dos entidades, ha generado empleos directos para algunos de sus habitantes; y lo mejor, ha contribuido al mejoramiento notable de las relaciones entre esta comunidad y el ecosistema que habitan, con toda la diversidad de especies presentes en él, incluida por supuesto, la humana. Por eso, no es raro oírle decir a Dylan, un niño de seis años, habitante de esta localidad: *“nosotros tenemos que cuidar el río y las tortugas”* y aclara luego, *“... es que todos los animales son nuestros hermanos”*.

¿Han funcionado muy bien las carteleras y las obras de títeres escolares, para que un niño diga tales cosas? *“... puede ser que en algo hayan ayudado, pero como este corregimiento es tan pequeño,*

*así como lo dice el refrán, aquí todo el mundo se entera de lo que sucede, y en AAFUVER, en cada actividad que hacemos, procuramos involucrar a toda la comunidad. Entonces, aquí todo el mundo se entera, incluidos los niños, cuando nos vamos con los pescadores a limpiar los humedales o cuando hemos hecho campañas de limpieza en el río, y ni qué decir de las jornadas de repoblamiento del Bocachico o de liberación de las tortugas. Entonces, yo creo que nuestros niños tienen mucha información ambiental, eso es innegable”* comenta Isabel Romero, quien representó legalmente a AAFUVER, La Asociación Ambiental Futuro Verde, creada como tal en 1997, la entidad ejecutora de los convenios que se han adelantado en este corregimiento con las Corporaciones Ambientales antes mencionadas.

Hoy, cuesta creer que el río haya sido antes el basurero del poblado. Sus playas, medianas extensiones de arena, se mantienen verdaderamente limpias y operan como el primer espacio en el que diariamente los pescadores y sus clientes definen el precio de los pescados, mientras sus captadores, todavía dentro de sus pequeñas embarcaciones, les extraen las tripas y los tasajea.



**Bagre**



**Blanquillo**



**Dorada**



**Picuda**



**Coroncoro**



**Bocachico**

Bagre, Blanquillo, Dorada, Picuda, Mueluda, Comelón, Coroncoro y Bocachico son las especies más frecuentes en esta zona, en donde todos saben qué es la subienda, aunque no haya subienda. *“Nuestro río es más fresco y limpio que El Magdalena; y por ello, los peces en la temporada de subienda lo repelen al encontrar sus condiciones muy diferentes, mejores diría uno, pero extrañas para ellos. Muy distintas en todo caso, a las que viven a diario en El Magdalena; y por eso, aquí no hay subienda como tal, pero afortunadamente tenemos una buena cantidad de peces todo el año. Este río es reconocido incluso, por oxigenar al Magdalena, gracias a su limpieza”*, comenta Isabel Romero. Pero aunque en la Estación Cocorná no haya subienda, sus pescadores de a poco han entendido la importancia de usar los aparejos adecuados y cuidar las especies más vulnerables; razón por la cual, cada vez son más los que se acogen, por ejemplo, a la veda del Bagre Rayado, fijada entre el 1 y el 31 de mayo y entre septiembre 15 y la misma fecha de octubre, pues en estos lapsos, las hembras se hallan en periodos de postura, una fase del ciclo natural de esta especie, cuya población es una de las más vulnerables dentro de la cuenca del río Magdalena.

*“Durante las vedas, nosotros los pescadores que pertenecemos a ASOPEMA (Asociación de Pescadores y Medio Ambiente del Corregimiento Estación Cocorná) hemos hecho*

## La Tortuga

Autor: Pablo Neruda

LA TORTUGA que anduvo tanto tiempo con sus antiguos ojos, la tortuga que comió aceitunas del más profundo mar, la tortuga que nadó siete siglos y conoció siete mil primaveras, la tortuga blindada contra el calor y el frío, contra los rayos y las olas, la tortuga amarilla y plateada,

trabajos alternos para no quedarnos sin ningún ingreso, y garantizar así nuestro sustento. Hemos limpiado los humedales y también, trabajos de reforestación, gracias al apoyo de CORANTIOQUIA y CORNARE. Pero siempre necesitamos más apoyo para sobrevivir en esas épocas. En las ciénagas, quitamos la tarulla, esa maleza agresiva que termina por secarlas al quitarles el oxígeno; y además, hacemos labores de protección de la fauna que se refugia en las cercanías de las orillas; zonas que no limpiamos del todo, para proteger esas especies. Y también hemos defendido mucho las palizadas que se arman por la caída de un árbol o por otras situaciones parecidas, sobre todo, cuando vemos que no generan problemas de represamiento, las limpiamos porque ahí también se arma otro mundo que se debe cuidar”, señala Aurelio Delgado, pescador.

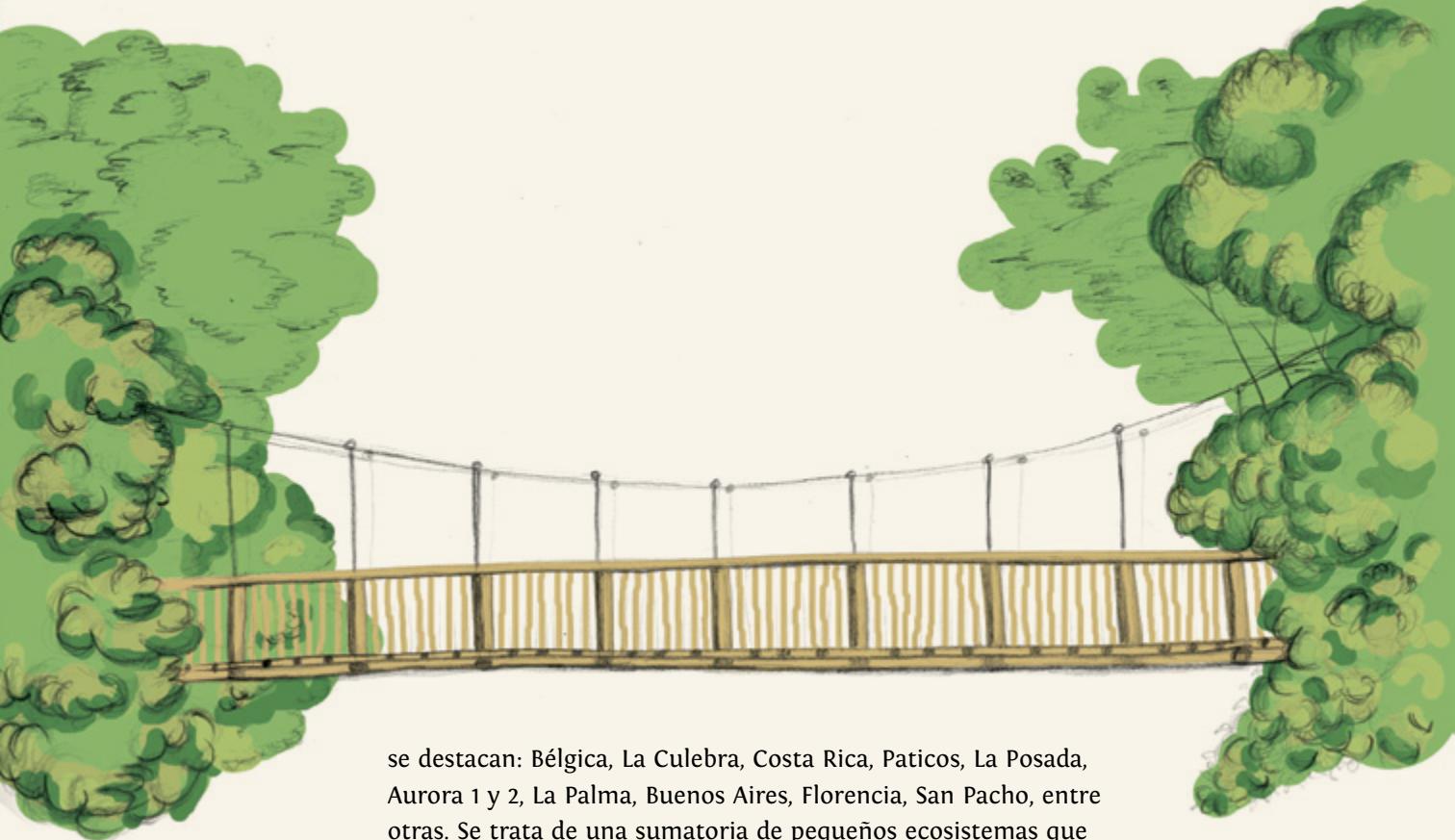
Estación Cocorná es un poblado en el que la mayoría de sus habitantes se dedican a la pesca, la ganadería y la agricultura (Allí, el limón de Castilla, recolectado artesanalmente, se produce de manera espontánea; aunque ya se ha comenzado a cultivar gracias al apoyo de CORANTIOQUIA) Las fiestas de este poblado nacieron justamente, a partir de un proyecto que buscaba preservar una de las especies más representativas de la zona: El Bocachico. Son célebres entonces, las jornadas anuales de repoblamiento de esta especie que se adelantan habitualmente en época de verano, entre julio y agosto, desde hace veinte años.

“... eso nos juntamos unas dos mil quinientas o tres mil personas del corregimiento, del pueblo y de otros lugares, para compartir y celebrar diversas actividades colectivas, entre las cuales, la más importante es el repoblamiento de alevinos de bocachico. Unos años hemos soltado ciento veinte mil; en otros, ochenta mil o sesenta mil alevinos, pero lo más importante es que gracias al apoyo de las dos corporaciones, hemos aprendido a valorar la importancia de repoblar con la especie típica de la zona. **Los alevinos** que soltamos son traídos de una estación piscícola de Barrancabermeja, en donde tienen la cepa de los bocachicos de este río, que son distintos al bocachico del Magdalena, no sólo en su apariencia, pues el de nosotros es más plateado y blanco, sin esas escamas rojas que tiene el de allá, y claro, con mejor sabor, opinamos nosotros. Mejor dicho, aquí el que gusta es el de acá, nos parece el mejor de todos”. Cuenta Isabel Romero.

Así pues, los pobladores y visitantes de Estación Cocorná se han acostumbrado, año tras año, a celebrar la fiesta de la vida en sus playas, pues los beneficios que se derivan de la siembra de miles de alevinos en las aguas de su río resultan incalculables desde lo ambiental y lo social, porque de esta forma no sólo se consigue preservar la especie, sino que además, producto de su ciclo vital, su multiplicación en las aguas supone beneficios, igualmente innumerables, para el entramado de ciénagas que rodean el río, cuyo número supera la docena, y entre las cuales

con severos lunares ambarinos y pies de rapiña, la tortuga se quedó aquí durmiendo, y no lo sabe.

De tan vieja se fue poniendo dura, dejó de amar las olas y fue rígida como una plancha de planchar. Cerró los ojos que tanto mar, cielo, tiempo y tierra desafiaron, y se durmió entre las otras piedras.



se destacan: Bélgica, La Culebra, Costa Rica, Patiscos, La Posada, Aurora 1 y 2, La Palma, Buenos Aires, Florencia, San Pacho, entre otras. Se trata de una sumatoria de pequeños ecosistemas que se revitalizan mediante acciones como estas, y ni qué decir de lo que económicamente significa cada una de las fases de este proyecto para los veinticinco afiliados a ASOPEMA, pues su planeación y ejecución genera empleo directo para los integrantes de esta asociación.

Pero el compromiso de la comunidad de Estación Cocorná con la protección de la fauna y la flora de su hábitat, no para allí. Hace poco construyeron una suerte de puente, hecho de un cable forrado en guadua, que le permite hoy a los monos aulladores que se movían sólo sobre la franja derecha del río, poder atravesarlo y disfrutar del corredor biológico de ambas riberas;

una pequeña gran acción que hoy se ha convertido en otro divertimento más para sus pobladores y visitantes, a tal punto que uno de los chismes más sonados de la localidad es el embarazo de una de las hembras que junto a sus compañeros suelen colgarse de las inmensos ceibas, Churimos, Cedros, Yarumos, Chipatos y otras especies de árboles protectores, maderables y frutales que bordean el río. Así las cosas, “la mona embarazada” es tal vez, la “fémica” más perseguida por estos días en la Estación Cocorná, pues todo el que pasa cerca a este lugar, bien sea en una canoa o al bañarse en las aguas o desde la playa, levanta la mirada con la secreta ilusión de ser el primero en portar la noticia referida a la llegada de los nuevos pobladores de este Corregimiento, y claro, poder difundirla como su gran descubrimiento personal.

*“Lastimosamente, uno cree que las cosas no se acaban: sobre todo, cuando se trata de animales. Yo qué me iba a imaginar que las tortugas de río iban a escasear, después de que uno las veía por todos lados”* es la sincera explicación que a manera de testimonio entrega hoy, Aurelio Delgado, un pescador que se reconoce como uno de los mayores perseguidores en el pasado de esta especie; se trata de un tipo de tortuga, cuyo nombre científico, **podocnemis lewyana**, comenzó a aparecer con mucha más frecuencia en los cuadernos de todos los escolares del corregimiento, desde que se iniciara en 2009, el Proyecto de Conservación de la Tortuga de Río en la Cuenca del Río Claro Cocorná Sur, un convenio ejecutado conjuntamente por la comunidad de la Estación Cocorná y las corporaciones CORNARE y CORANTIOQUIA, otra muestra más del compromiso ambiental de sus habitantes.

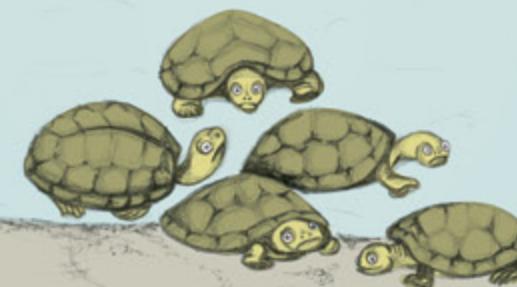
Más allá de las consabidas obras de títeres y carteleras escolares en donde los docentes o los mismos alumnos, mediante una figura de trapo o una imagen recortada, le entregan la voz a este animal para clamar por su conservación, pues se trata de una especie que se halla en un alto riesgo de extinción en estado silvestre en un futuro cercano, el tortugario que se construyó en la Estación Cocorná, gracias al Proyecto, ubicado precisamente, junto a la escuela, es en la actualidad, uno de los lugares más reconocidos de este poblado, no sólo por parte de los escolares, sino por toda la comunidad, una verdadera aula ambiental.

Se trata de un austero centro de conservación ubicado en un pequeño terreno, cuyas dimensiones corresponden al espacio que ocuparía una casa unifamiliar, que Ricardo Luna, habitante del lugar, facilitó para el proyecto, y en donde se construyeron dos pequeñas playas artificiales: una para las tortugas bebés o los neonatos y otra para las adultas, además de un cuarto forrado en guaduas, que hace las veces de incubadora, el lugar adecuado en términos de humedad y temperatura para la eclosión de los huevos y el crecimiento de las nuevas tortugas.

Este proyecto que, ya va por su segunda fase, ha arrojado resultados muy positivos, pues han nacido más de 1100 nuevas tortugas de río. Pero más allá de la contundencia de estas cifras, su mayor aporte radica en la sensibilización que se ha logrado en toda la comunidad del corregimiento hasta superar la visión histórica que derivó en el riesgo de extinción de esta especie. *“nosotros crecimos comiendo la carne de esta tortuga, pero además, la venta de sus huevos aún hoy es*

*un buen negocio. Usted puede vender un huevo en mil quinientos o dos mil pesos, e incluso, por más plata en Puerto Nare y en Puerto Boyacá; y una tortuga si es joven puede poner quince o veinte huevos, pero si es adulta, pone hasta veintiocho. O sea, que en una nidada que usted se lleve, hay más de un jornal, y con muy poco trabajo. Esa es la idea que hay que sacarle de la cabeza a mucha gente”, señala Aurelio Delgado.*

En efecto, alrededor de las bondades de la Tortuga de Río se han tejido muchas historias que la han hecho muy vulnerable. Allí, alguien la recomienda como el mejor remedio para el asma; allá, otro habla de las bondades de su sangre salobre, a la que le adjudican el secreto de la longevidad de algún poblador del que todos saben que ha cumplido cien años, aunque nadie le haya preguntado por su dieta; más allá, alguien vende sus huevos con la promesa de hallar en sus yemas la más natural de las ayudas para un óptimo desempeño sexual; y claro está, a todo ello, se suma el buen sabor de su carne, que por demás se ha convertido durante la semana santa, en uno de los platos típicos de esta temporada, y también, en una alternativa gastronómica para muchos pobladores de escasos recursos. Una serie de aspectos que en todo caso, han convertido al hombre en su más feroz enemigo.

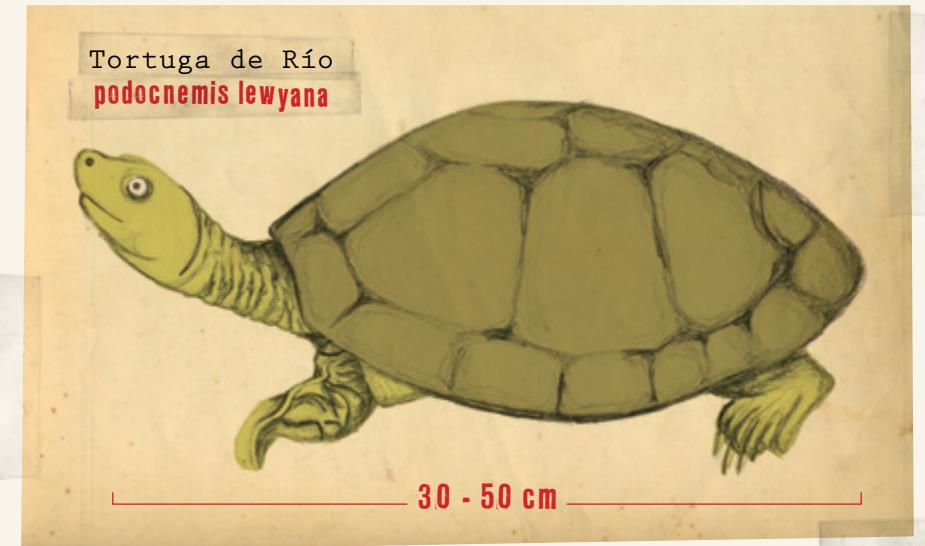


Las investigaciones adelantadas en el proyecto permitieron comprobar que sus huevos se encuentran en constante peligro por otra serie de razones como las inundaciones, pues las tortugas suelen armar sus nidadas en las playas; además de la presencia del ganado que suele quedarse a dormir, también en las playas, o cuando este va a beber al río, y en ambos casos termina pisando los huevos; y también, la aparición de algunos depredadores como los zorros, que ante la escasez de alimento es sus habituales espacios, migran a la zona de las playas y encuentran igualmente en los huevos de esta especie de tortuga, un nuevo alimento para su empobrecida dieta.

Este Proyecto además, ha requerido de intensas jornadas de capacitación para todos sus participantes. *Ha sido muy chévere porque todo el mundo cumple con las funciones específicas que se le asigna: los pescadores, que saben en dónde están las nidadas guían su búsqueda; y luego, todos hemos aprendido esos pequeños detalles que se deben tener en cuenta, y que hemos adquirido mediante la asesoría de biólogos y veterinarios que nos han puesto CORANTIOQUIA y CORNARE. El huevo se debe traer en la misma posición que tenía en campo; se debe traer también un poco de la arena que tenía la nidada, para que en la incubadora todo sea más real; hay que ponerle unos plásticos negros a las cubetas para simular la noche, y también aprendimos ya, que si se les aplica una mayor temperatura nacen hembras, lo que hace más fácil la conservación de esta especie. Aquí todo el mundo se compromete además a vigilar el proceso, así toque ir cada tres horas, porque sabemos que si todo sale bien, eso se vuelve una fiesta cuando se haga*

*La liberación*", comenta Lisvania Vera Pérez, la joven que actualmente es la representante legal de AAFUVER.

La tortuga de río suele medir entre 30 y 50 centímetros en estado de adultez. El color de su caparazón varía de café-gris oscuro a café-oliva; y el peto, es decir, la parte inferior de la coraza es de un amarillo verdoso con algunas manchas oscuras, mientras que su cabeza y sus patas son cafés, casi siempre. Se trata de una especie endémica, esto es, que solo habita de manera natural en nuestro país, y sólo lo hace en lugares asociados a la zona del Magdalena Medio, y a los ríos San Jorge, Sinú y Cauca. Su tiempo de incubación tarda entre 60 y 70 días, y los periodos de postura suelen darse de diciembre a enero y de junio a julio. Una vez nacen, los neonatos deben pasar entre quince y veinte días en las improvisadas playas del centro de conservación, mientras se cicatriza la zona media de sus vientres, y luego sí



se les puede liberar. Mientras ello sucede son alimentadas con pequeños trozos de plátano, maní forrajero, repollo, e incluso, con algunas lombrices que se extraen de la compostera que se ha fabricado en el mismo tortugario.

Desde 2011 se ha adelantado igualmente, un proceso de recaptura de algunas de las tortugas que fueron previamente liberadas, y que obviamente fueron marcadas para esta nueva fase, pues se trata de estudiar la estructura poblacional de esta especie y de caracterizar así mismo, las playas del río Claro Cocomaná Sur en donde suelen desovar. *“yo creo que lo más importante de este proyecto es que hizo que las tortugas se volvieran, como el Bocachico, parte de nuestro escudo, por decirlo de alguna manera. Cada que hacemos una liberación de tortugas todo el mundo, y sobre todo, los niños, se convierten en sus padrinos y madrinas, así que la famosa podocnemis lewyana, o mejor dicho, la popular Tortuga de Agua o de Río, como todo el mundo la conoce, ha hecho que todos aquí, en Estación Cocomaná nos hayamos vuelto compadres. Sí, compadres ambientales”, comenta Isabel Romero. A la fecha de este escrito, septiembre de 2012, hay 346 nuevas tortugas que esperan por su liberación, una fecha que aún no se define, y en la que muy seguramente, todos los habitantes de este corregimiento de Puerto Triunfo, volverán a reunirse en las playas de su cristalino río, para celebrar una vez más la fiesta de la vida; y entender de primera mano, que todos en la tierra estamos para ayudarnos, pues no hay duda que todos nos necesitamos.*

PUERTO TRIUNFO, SEPTIEMBRE DE 2012



El río Medellín  
son muchas aguas

(El sistema hídrico del  
Valle de Aburrá)

**L**a decepción entre los caminantes era generalizada, pues a pesar de haber recorrido los seis kilómetros que separan las primeras casas de la vereda La Clara del Alto de San Miguel, en el municipio de Caldas, ninguno pudo tomar una fotografía que mostrara con precisión el nacimiento del río Medellín. Un sitio que algunos de ellos imaginaban en forma de pequeñas burbujas de agua brotando de la tierra sin parar; mientras que otros, esperaban hallar por lo menos un letrero junto al cual pudieran fotografiarse muy sonrientes, para incluir en su álbum personal la imagen que certificara su visita al lugar exacto en donde nace este río. El guía sin embargo, no se cansaba de aclararles que se debe hablar de **conformación** antes que de **nacimiento**; que se trata de pequeñas fuentes que se juntan y no de una sola que lo origina. Pero a casi todos ellos, como nos pasa a la gran mayoría, les costaba comprender el río Medellín como parte de ese gran sistema que es la naturaleza; era como si de verdad creyeran que La Tierra se halla separada por temáticas y a recuadros, tal como la muestran los libros de ciencias naturales: aquí, los ríos; allá, los bosques; y más allá, el hombre.

¿Este es el mismo río que atraviesa Medellín? Es la pregunta que más se hacen los visitantes que recorren esta zona del municipio de Caldas, famosa como destino de muchos habitantes del valle de Aburrá cada vez que alguien menciona los típicos “paseos de olla” durante las temporadas de vacaciones. Según los catálogos sobre este lugar, se trata de una llanura aluvial bordeada de un bosque muy húmedo, del tipo montano bajo, cuya temperatura promedio oscila entre los 12 y los 20 grados centígrados, ubicada a una altura que asciende incluso, más allá de los 2500 metros sobre el nivel del mar y que es de gran riqueza en fauna y flora. Una serie de datos que los paseantes suelen traducir en fotos, a pesar de que muchas veces ignoren los nombres de los protagonistas de dichas imágenes en las que aparecen aves como los **Alcaravanes**, los **Barranqueros** o **El Cacique Candela**; algunos mamíferos, como las chuchas; o las ranas, en representación de los anfibios. Aunque si el fotógrafo decide ir más allá de estos seres que retan su habilidad para congelar el movimiento, también podrá hacerse a bellas postales que muestran la diversidad de especies vegetales que ambientan semejante escenario como los **Yarumos**, los **Sietecueros** o las enormes hojas de **Rascadera**, una planta que hace sentir al visitante en tierra de gigantes; o como el famoso **Borrachero**, la mata



que más comentarios suscita por ser el germen de la peligrosa escopolamina, una planta de mediana altura, cuya bella flor cuelga hacia abajo, como si de esta manera advirtiera que es capaz de poner el mundo al revés.

Y así, de imagen en imagen, este lugar termina por imponerse tanto a los caminantes como a los campistas que, de a poco, logran comprender que el río Medellín es mucho más que esas aguas que han ido a visitar con la intención de hacer algo que es impensado para la gran mayoría de los habitantes del Área Metropolitana: bañarse en su lecho o recorrerlo para relajarse; pues en cualquier momento, hasta el turista más despistado termina por toparse con esas pequeñas escenas que le sugieren que todo allí está conectado; que este Río, todavía muy angosto en este lugar, se alimenta a la vez que nutre todo lo que está a su lado. Y así, aunque muy seguramente, sus visitantes no reflexionen sobre la importancia que tiene cada especie que habita allí, es imposible que éstos no se emocionen al descubrir por ejemplo, a un pequeño pájaro gris que, parado en una de las piedras más grandes del cauce, intenta atrapar una larva que flota sobre las aguas; una imagen que un adolescente captura muy concentrado con su cámara de video. Pero así mismo, un poco más allá, otro bañista fija su mirada por unos segundos en los tensos hilos que ha tejido una araña en la mata donde ha puesto su ropa, mientras se pasa una toalla por la espalda. Y más adelante, un arbusto, cuyas raíces parecen haber sido forradas en musgo por un gran artista, desata los comentarios de todos los que pasan por su lado; tal como lo



hace también, la pequeña caída de agua, que se halla en el borde de uno de los senderos que hay más arriba, y cuyas rocas al hacerla saltar, la tornan de un blanco tan intenso que encandila la mirada de dos mujeres que han decidido beber de sus aguas. Mientras que en otro tramo, una niña intenta sobrepasar la zona pantanosa que le impide perseguir con rapidez el balón que le acaba de lanzar una amiga. Sí, todas estas son apenas unas pocas señales de la inconmensurable vida de este lugar, tal vez las más visibles, entre el sinfín de situaciones que segundo a segundo configuran la historia de este sitio tan quieto a los ojos de los visitantes, pero que, sin duda alguna, es toda una mega fábrica de bellas imágenes; la mayoría, imposibles de capturar, incluso con la mejor de las cámaras.

Pero lastimosamente, no todo allí es la naturaleza renovándose.

También le pasa a la basura que producen muchos visitantes, a pesar de las campañas de limpieza que promueven a cada tanto los trabajadores de la Secretaría del Medio Ambiente de Medellín encargados del parque recreativo y de la zona alta, declarada refugio de vida silvestre desde 1993. Empaques de papel metalizado y botellas de vidrio y plástico son los desechos que se topan con más frecuencia estos funcionarios que en muchas ocasiones sirven también de intérpretes para quienes les solicitan su acompañamiento al recorrer esta zona. La diferencia entre los bosques de pino ciprés, introducidos por el hombre, y los bosques nativos

del lugar, tal vez menos uniformes que los de pino, pero con mucha más diversidad de especies en su interior; la incidencia de la ganadería en la zona, siempre interesada en convertir los lugares pantanosos en potreros; y los crecientes vertimientos de aguas negras de las casas de la vereda al cauce del “pequeño” río Medellín son algunos de los aspectos que estos guías detallan para que todos los visitantes entiendan a pequeña escala todas las problemáticas que padece un ecosistema cuando el hombre, o más aún, cuando cuatro millones de seres humanos y muchísimas industrias de gran calado se asientan en sus laderas, tal como le pasa al río Medellín a lo largo de su recorrido.

No hay duda, este tramo del río Medellín o Aburrá, como también se le conoce, es una suerte de réplica que permite ver a pequeña escala cómo era el río a comienzos del siglo XX cuando las fotografías lo muestran serpentear entre las crecientes poblaciones de esa época, antes de que se iniciaran las obras de su rectificación, ejecutadas durante los años cuarenta: la famosa “cuelga del río”. La obra de ingeniería más determinante para el moldeamiento de lo que conocemos hoy como el Área Metropolitana, una historia que más allá de la domesticación del río permite apreciar con mayor facilidad cómo lo hemos convertido, con el pasar de los años, en la desordenada bodega en donde todos depositamos los restos de nuestro irrefrenable espíritu progresista.

Sin embargo, la rectificación del río Medellín no fue una ocurrencia del Siglo XX. En el libro “Medellín, su origen, progreso y



desarrollo” de Jorge Restrepo se reseña que ya en 1715, El Cabildo de La Villa pensó en adoptar las medidas indispensables para contener los destrozos ocasionados por el río en tiempos de lluvias, y construir así mismo, dos caminos, a lado y lado y de Ancón a Ancón. Se trataba de lograr que los habitantes pudieran caminar con más tranquilidad por su valle, y sobre todo, que los curas lo pudieran hacer, en especial, cuando se trataba de administrar los santos sacramentos a los enfermos.

Y aunque desde esa época, ya algunos habitantes de las zonas ribereñas comenzaron a redirigir pequeños tramos del río, fue a finales de 1940 cuando la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín jalonó el proceso de su rectificación entre el Poblado y el puente de Guayaquil. En un comienzo, las obras se ejecutaron como un proyecto local, y después con aportes de la Nación a través del desaparecido Fondo Rotatorio de Irrigación y Desección (una entidad que, como su nombre lo indica, tenía la increíble potestad de administrar las aguas en nombre del progreso, sin importar los efectos ambientales de su proceder. Bueno, no hay por qué extrañarse, pues lo mismo siguen haciendo hoy muchos hacendados, mineros y constructores, por mencionar sólo algunos herederos no reconocidos de esta desaparecida dependencia estatal). Lo cierto es que la rectificación del Río se volvió una obsesión para muchos medellinenses de entonces. En una carta dirigida al presidente de la Sociedad de Mejoras

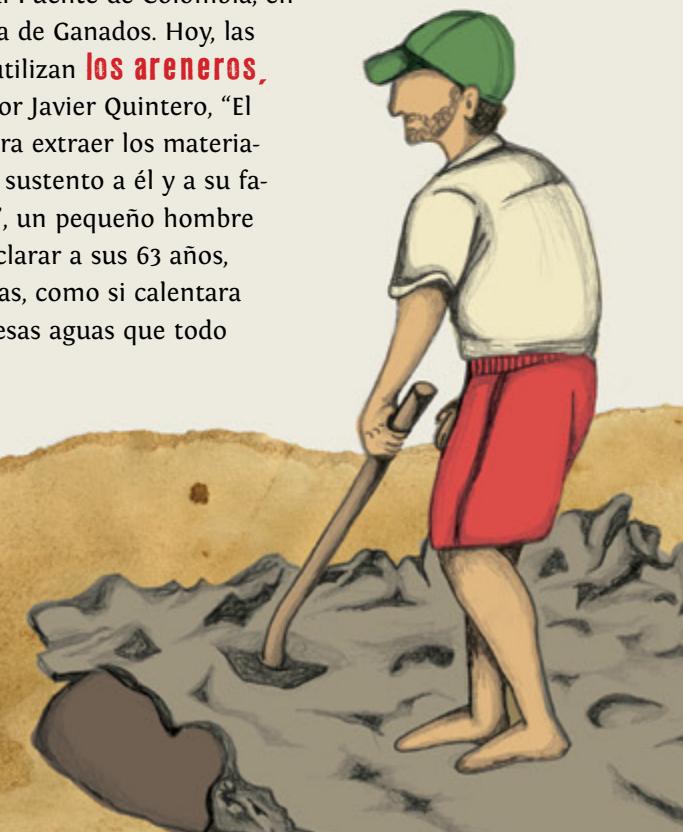
Públicas, la comisión encargada de su rectificación describía la obra como impostergable para el desarrollo de la ciudad, pues ésta contribuiría notablemente a la higienización de todo el valle de Medellín, ya que en el escrito, firmado en 1941, por don Jorge Restrepo Uribe, se decía: “... no debe perderse de vista que todo el valle es palúdico, pero especialmente las regiones de Bello, Acevedo y Guayabal, habiéndose presentado muchos casos de fiebre perniciosa; y se proyecta además, que las arterias centrales absorban todo el tránsito principal del valle de Medellín. Las dos avenidas que se construyan, serán dos ejes principales de unos 40 kilómetros de longitud, a los cuales afluirán todos los vehículos que entren y salgan de Medellín. Y para beneplácito de todos, turísticamente esta zona será con los años, el paseo más hermoso de Medellín, Antioquia y Colombia, razón por la cual, se sembrará una gran variedad de árboles en dicho trayecto”<sup>1</sup>.

Hoy, el río Medellín está rectificado desde dos kilómetros y medio abajo del puente de Ancón de la Estrella hasta el puente El Mico; es decir, a lo largo de 17,6 kilómetros. Pero además, ha sido canalizado mediante placas de concreto que, más allá de su funcionalidad, se han convertido en el marco de una fotografía que interesa a muy pocos medellinenses; una imagen que sólo pareciera digna de mirarse durante las temporadas navideñas cuando se torna en una de las postales más difundidas de la ciudad gracias a los coloridos reflejos de miles de bombillas que terminan por imponerse durante las noches decembrinas a la oscura tonalidad de sus aguas. Y así, ya son muy pocos

<sup>1</sup> Restrepo Uribe, Jorge. Carta de la Comisión de Rectificación del Río Medellín al Presidente de la SMP. Sept 24 de 1941.

los medellinenses que al pensar en el río de su ciudad, se lo imaginan con meandros, las curvas naturales de cualquier río, que sirven para evitar la acumulación de aguas, y que vuelven a aparecer una vez que éste cruza por el municipio de Bello, en donde ya no es canalizado y se vuelve cada vez más torrencioso y con sucesivas cascadas

Algunas fotos de los años 30 y 40 muestran también como sus aguas alojaron alguna vez pequeñas balsas de madera y cañabrava en las que se transportaban legumbres y materiales de construcción desde Itagüí y Sabaneta hasta unos artesanales embarcaderos que había cerca al actual Puente de Colombia, en donde funcionaba por entonces la Feria de Ganados. Hoy, las únicas canoas que se ven son las que utilizan **los areneros**, como la que día a día emplea don Víctor Javier Quintero, “El Poli”, a la altura del barrio Moravia, para extraer los materiales de construcción que le han dado el sustento a él y a su familia por más de tres décadas. “El Poli”, un pequeño hombre de rasgos indígenas, no se cansa de declarar a sus 63 años, mientras levanta las manos y las piernas, como si calentara antes de una sesión de ejercicios, que esas aguas que todo



el mundo considera tan cochinas son la fuente de su inquebrantable salud: “yo me meto al río desde las cinco o seis de la mañana: las luces del alumbrado público y la de El Metro lo dejan trabajar a uno a esa hora, y no salgo sino para las comidas y para palear la arena o las piedras que saco; yo no soy capaz de pasar un día sin el río”, termina diciendo; una sentencia que tiene por insignias una piel que, más que bronceada parece un gran callo y unos ojos irritados, que siempre están entreabiertos, pero alegres, como los de los niños que pasan horas y horas en la piscina durante un paseo de vacaciones. Su trabajo es el primer eslabón de una cadena que incluye a los jóvenes paleros que llenan la volqueta que se llevará la arena, la gravilla o las piedras; a su conductor; y por supuesto, a quienes distribuirán dichos materiales en el mercado de la construcción, un mundo que “El Poli” considera venido a menos desde que mataron a Pablo Escobar: “... en esa época sí había que llenar volquetas todo el día. Ahora la cosa es apenas una o dos veces a la semana”.

Todo río debe alcanzar el equilibrio entre el caudal, la longitud, la carga (los sedimentos que arrastra) y la capacidad (la fuerza que tiene para transportar esos sedimentos). Por eso, al haber secado los humedales que había en las laderas; al irrespetar los retiros obligatorios y ver cómo sus riberas se saturaron de viviendas. (Según las leyes se deben guardar 30 mts, a partir de la línea de aguas máximas del río; es decir, en donde éste inunda más); al desplazarlo (el río

Medellín se desplazó cuando se construyó la variante de Caldas, por ejemplo); y claro, cuando además de todo esto, se rectificó su cauce a mediados del siglo pasado, resulta más que lógico pensar que el afectado no ha sido sólo el río sino también sus quebradas.

Al rectificarse el río Medellín, su pendiente se elevó, y éste, además, perdió longitud, pero ganó en profundidad; y ello trajo por obvias razones otra consecuencia: sus afluentes tuvieron que aprender nuevas entradas a ese prefabricado río; y por todo esto, siempre habrá que ayudarlo a él y a sus quebradas con distintas obras, una serie de



**CUENCA HIDROGRÁFICA  
DEL RÍO MEDELLÍN**

*tareas que ya nunca se podrán abandonar porque aún con todos los trabajos que se adelantan, las alarmas siempre sonarán, a más o menor volumen, cada invierno*”, señala Humberto Caballero, geólogo adscrito a la Universidad Nacional.

Desde su nacimiento hasta Porce, el río Medellín tiene más de setenta afluentes que vierten sus aguas por ambas riberas. Entre los más importantes por la franja derecha, aparecen: La bruñera, La Miel, La Doctora, Ayurá, Zúñiga, Santa Elena, Piedras Blancas, El salado-san Antonio, Dos quebradas y Santiago; y por la franja izquierda: La Mina, La Salada, La Valeria, La Grande, Doña María, Altavista, La Picacha, La Hueso, La Iguaná, El Hato, La García y Río Grande. Y son estas quebradas, pequeñas réplicas de lo que vive el río, pues casi todas ellas han sido igualmente intervenidas por el hombre, máxime cuando nuestra relación con el agua durante todo el siglo XX estuvo marcada por considerar las corrientes de agua como depósitos de nuestros desechos, para avergonzarnos luego de ellas y cubrirlas o secarlas para ganar mayor espacio para distintos proyectos.

*“La gente pide a gritos que cubran las quebradas; encuentran esto como un síntoma de progreso. Y eso es una barbaridad. Es más, la mayoría de las constructoras lo hacen sin otra consideración que evitar posibles malos olores o las suciedades que les puedan ‘aguar’ el negocio. Hoy son muy pocos los ciudadanos que al caminar por la avenida La Playa saben, por ejemplo, que por debajo corre la quebrada Santa Elena después de que la taparon en los años treinta; y la lógica más simple enseña que siempre será más fácil hacerle mantenimiento a una corriente descubierta que a una que no lo está*”, dice Michel Hermelín, geólogo adscrito a la Universidad EAFIT.

“... Pero abuelita, ¿por qué la Santa Elena, que es una santa, el día de la Santa Cruz precisamente se vuelve un demonio y se aloca? No entiendo. “Ya dejen de preguntar tanto, niños, y a seguir rezando: Si en la hora de mi muerte el Demonio me tentare...” escribe Fernando Vallejo en su libro Los Días Azules, al evocar las agitadas aguas de la quebrada Santa Elena en días lluviosos,

Según la teoría de Agustín Codazzi, el río Aburrá bajaba tormentoso desde la cumbre de San Miguel, hasta formar un lago en el Valle de Caldas, contenido por un dique al norte, que al final se rompió para precipitarse sobre el valle de Medellín y formar otro. Este lago, probablemente de gran profundidad, debió presentar como islas los cerros Nutibara y El Volador. Las aguas abrieron paso hacia el norte por el estrecho de los Bermejales y bajaron a Hatoviejo y Copacabana y con fuerza rompieron el ancón que se desprende de la Cordillera Central y separa los valles de Copacabana y Girardota, descendieron hasta Barbosa, donde se represaron de nuevo.

Orígenes del Valle de Aburrá. Patrimonio Cultural del Valle de Aburrá. Cámara de Comercio. 1989. Tomado del libro: Agua y Memoria, compilación Jairo Osorio G. Coordinación Editorial: Luis Fernando Calderón. Editorial Universidad de Antioquia, 1993.

y agrega: “...la quebrada Santa Elena, andando el tiempo la entubaron: la metieron en camisa de fuerza, en unos socavones de cemento armado bajo el pavimento de la calle. Al principio se le oía rugir abajo, después nada. En su oscuro reducto, en su eterna noche subterránea, la Santa Elena se fue secando, secando como todos los ríos de Colombia por la tala de árboles. Ya ni quien sepa quién fue la Santa Elena, alias La Loca, que hacía temblar la tierra. Si usted pregunta hoy por ella, nadie sabrá de qué está hablando. Seca de sus aguas limpias aguas, la ciudad desalmada la había convertido en un ignorado cauce de desagües, en la alcantarilla municipal”<sup>2</sup>.

En efecto, varias de las quebradas afluentes del río Medellín han sido canalizadas en tramos cercanos a sus desembocaduras, mientras que otras recorren la ciudad en “coberturas”; una circunstancia que le impide tanto al ciudadano del común como a los expertos en el tema apreciar la variabilidad de sus caudales, que pueden pasar de unos pocos litros por segundo en verano a varios metros cúbicos por segundo durante las crecientes que suelen producirse en invierno, pues sus elevadas pendientes hacen que arrastren grandes cantidades de sedimentos como arena o incluso, piedras de gran tamaño.

Y lo peor de todo es que la gran mayoría de los habitantes de Caldas, Sabaneta, La Estrella, Itagüí, Envigado, Medellín, Bello, Copacabana, Girardota y Barbosa, los municipios que

<sup>2</sup> Vallejo, Fernando. El río del Tiempo. Alfaguara. 2004

atraviesa el río Medellín no conciben a sus quebradas ni al río como las partes de un mismo sistema hídrico, que incluye además, pantanos, nacimientos, y otros cuerpos de agua que son todavía mucho más ignorados porque nos hemos acostumbrado a etiquetar estas aguas como grandes cloacas; como la zona en donde se refleja con mayor fuerza nuestra descomposición social; las venas enfermas que unas cuantas entidades procuran aliviar, mientras los jóvenes no las ven por más que pasen a su lado o vivan cerca; y los viejos, se ríen de sólo pensar que haya quienes se atrevan a soñar que algún día volverá a haber sabaletas en dichas aguas. ¿Culpas? Es evidente que no sólo las tienen las empresas que arrojan en ellas jabones y detergentes que forman indestructibles bancos de espuma o los que depositan basuras; las tenemos todos por no comprender que algo más deberíamos hacer por estas corrientes de aguas, si justamente los territorios que habitamos fueron fundados precisamente ahí por sus abundantes y diversas aguas, tal como lo señalaba Tomás Carrasquilla a comienzos del siglo pasado, cuando escribió: “Alabemos al Señor porque mandó a las aguas que bajasen por estas serranías para que beban y se laven sus criaturas; para que fertilicen sus campos y limpien sus poblaciones. Aquí manan sosegadas, acá saltan impetuosas; allá discurren serenas, acullá se adormecen, cantando unas, rezando otras sus salmos sempiternos de amor y de oblaciones”<sup>3</sup>.

MEDELLÍN, JUNIO DE 2012

<sup>3</sup> Fragmentos tomados del libro **Medellín (1958)**. Publicado en la serie Memorias de Ciudad/Literatura, editada por el Municipio de Medellín y la Universidad de Antioquia en 1995.



Una seis atarrayas colgadas de un grueso tronco de madera, atravesado a la entrada de la casa, a la manera de los alambres que se utilizan para secar la ropa, es la mejor señal para reconocer que ahí vive Elkin de Jesús Duque, uno de los pescadores más famosos de Puerto Berrío que muchos en este pueblo conocen como “Murillo”. Su casa queda además, en el barrio La Milla N 2, un conjunto de humildes construcciones de material y techos de lata, que le da la espalda al río Magdalena, ubicado antes de llegar al monumental puente que une a esta localidad antioqueña con Puerto Olaya, en Santander.

Se trata de uno de los dos barrios de pescadores de Puerto Berrío, el otro es Puerto Colombia, en donde es muy común encontrar colgados los aparejos al frente de las casas de los pescadores más experimentados. A veces son tantas y tan tupidas las redes guindadas de un tronco, que al mirarlas de lejos no resulta exagerado imaginar que se trata de un conjunto de capas que forman parte del vestuario de un ejército de antiguos guerreros que las dejó tendidas ahí; y al mirarlas de cerca, son muy pocos los cerebros que no caen rendidos ante ese sencillo entramado que por miles de años ha caracterizado a las redes de pesca, una de las herramientas que ha acompañado al hombre durante buena parte de su historia.

Son las seis de la mañana, y “Murillo” entra y sale de una pequeña pieza en donde guarda su equipo de pesca. Antes de emprender cualquier viaje, prepararse es lo más importante, es lo que parece decir cada uno de los lentos movimientos que hace para elegir las cosas que llevará. Saca dos remos anchos de madera y toca luego una de las atarrayas que “adornan” el frente de la casa; regresa a la pieza y saca



esta vez, una caneca grande en donde se halla el plástico negro que hará las veces de techo en el rancho que armará en la playa para dormir y vuelve a mirar otra vez las atarrayas colgadas. Saca el motor de la canoa, lo pone junto a la puerta del cuarto y se devuelve por la cava, un cajón de icopor de unos 60 centímetros cuadrados de base por un poco más de un metro de altura, en donde arrojará los pescados; y después de limpiarla cuidadosamente, escoge ahora sí, las atarrayas que se llevará: dos bocachiqueras, según sus palabras.

*“Cuando yo aprendí a pescar lo más utilizado era la atarraya malluda, que era una atarraya que llamábamos así porque tenía muchas puntas: seis, siete o más. También se utilizaban mucho los anzuelos, que hoy se siguen empleando; y claro, el chinchorro que era un descreste cuando uno estaba de niño por su tamaño y porque uno veía salir esas seis o siete personas que se necesitan para pescar con él por lo grande que es; y entonces, uno se quedaba ahí, pensando que esos sí eran pescadores ya muy expertos”* responde Elkin Duque, mientras continúa preparando su viaje con suma concentración, como un artista que se halla en el camerino y está próximo a saltar al escenario.

Elkin Duque se inició en la pesca a los diez años, en un lugar llamado Murillo, un corregimiento de Puerto Berrío ubicado a media hora de su casco urbano; de ahí su apodo. Allí, distinto a lo que sucede con la gran mayoría de los pescadores que heredan este oficio de sus padres, “Murillo” se inició en el arte de la pesca porque le atraía la rutina de los pescadores que conoció a esa edad. *“Mi padrastro, o mejor dicho, mi padre, porque él fue quien me crió, era un agricultor. Y aunque el trabajo del campo también me gustaba, me pudo más ver cómo se iban esos pescadores y regresaban varios días después porque en ese tiempo las faenas no eran de un solo día, había gente que se iba durante varias semanas y cuando regresaban eso era casi una fiesta. En cambio, usted le dice a un joven de ahora que la cosa va de largo, y a las dos noches ya está desesperado por volver al pueblo. Yo incluso, ya de recién casado, cuando mis hijos estaban pequeños, me llegué a quedar uno o dos meses sin regresar a la casa, mientras recorría muchos lugares y dormía en las playas del río; eso me iba barriendo: **Barranca, Puerto Wilches, Badillo, Bodega, Gamarra, El Banco, y claro,** cuando volvía, tenía con qué comprarles los traídos a los niños y el estren a la señora.”*, recuerda “Murillo”; pero las imágenes que trae a su mente duran poco. En este momento, todo lo ocupa el nuevo viaje que emprenderá en una hora cuando salga rumbo a Río Viejo, en Puerto Olaya, Santander.



“Murillo” lleva una a una las cosas que ha separado hasta la canoa. Lo hace al atravesar un pequeño atajo que comunica su casa con la calle sin pavimentar que hay detrás de ésta, y por la que avanza unos diez metros hasta llegar a otra especie de paso que se abre entre dos de las casas que conforman la hilera de construcciones que miran la suya; y de este modo, accede a la zona verde que antecede al río. Se trata de un pequeño montículo de unos dos metros de altura que tiene unas improvisadas escalas labradas en la misma barranca, por las cuales él desciende hasta las aguas del Magdalena, en donde se hallan amarradas las dos canoas que saldrán para la expedición.

*“¿Qué pasa Murillo, va pa’ Río Viejo? Le pregunta José Angel Morales, Juancho”,* el representante legal de La Asociación de Pescadores del Barrio La Milla N 2 –ASOMILLA– una asociación conformada en 2007, que reúne a ocho mujeres y veinte hombres de este barrio de Puerto Berrío. Junto a él se hallan Myriam Rúa, su esposa; Edwar Santiago, su hijo de ocho años; Juan Pablo Vargas, otro pescador; y Mery Rúa, la esposa de Armando Guzmán, el pescador que todos aguardan allí sentados, para ver cómo le fue durante la faena nocturna y comprarle además, algunos pescados antes de que éste los lleve al puerto del pueblo, el lugar en donde los intermediarios reciben la multitud de embarcaciones que día a día llegan con el producto de sus largas jornadas de trabajo.



*Muy lentamente algunos pescadores han comenzado a vender o revender los pescados que ellos mismos o sus compañeros capturan. La idea es incentivar el emprendimiento entre nosotros los pescadores porque los intermediarios suelen ganarse el ochenta por ciento y a veces el doble sólo por buscar al cliente y recibir la plata un poco después. Una sarta de Bocachicos grandes, que uno le vende al intermediario en ocho o diez mil pesos; él la puede vender en veinte mil. El pescador es desesperado por tener la plata ahí mismo, y eso lo debilita a la hora de negociar. Es cuestión de cambiar esa mentalidad: y por eso, algunos ya han empezado con algunas capacitaciones en ventas y manipulación de alimentos; pero claro, el sueño grande es tener en Puerto Berrío un centro regional de acopio con un gran cuarto frío para almacenar el pescado y con uno o dos carros para su distribución porque además, se trata de aprovechar la ubicación de este municipio, que se halla cerca de la costa, de los Santanderes, de Bogotá y de Medellín. Pero lastimosamente, llevamos ya muchos años con ese sueño”, comenta José Ángel Morales, representante de ASOMILLA.*

Armando Guzmán, el pescador a quien todos esperan en el improvisado muelle, salió a eso de las cinco de la tarde del día anterior. Es decir, estuvo pescando durante toda la noche, uno de los periodos que muchos de los pescadores prefieren, pues durante estas horas son muy pocas las embarcaciones que recorren el río y esto hace que los peces sean menos ariscos; y porque además, muchos peces suelen recostarse en algunas zonas rocosas del río para descansar, valiéndose de la

oscuridad de la noche. No obstante, la pesca nocturna puede tornarse también muy peligrosa, sobre todo cuando arrecian las grandes tempestades que por su intensidad obligan a los pescadores a orillarse, al poner en riesgo la estabilidad de sus canoas.

“Murillo” instala el motor en su canoa y ubica dentro de ésta los timbos en donde lleva los cauchos para el rancho, las capas para protegerse de la lluvia, algo de ropa, una linterna, una pequeña parrilla para preparar la comida, y por supuesto, también acomoda en su embarcación los aparejos que utilizará durante las faenas y la cava en donde echará los pescados y el hielo. Luego, se sienta sobre ese cuadrado de icopor y acomoda sus pies en una de las divisiones de la canoa, una pequeña escala hecha en fibra de vidrio como toda la embarcación, en donde se lee: “Dios está aquí”. Al Mirarlo ahí, cómodamente sentado y vestido de chancas, pantalones cortos de color verde oscuro, camiseta polo blanca y un sombrero tejano café, y mientras llama por el celular a quien conducirá la otra canoa durante este recorrido que él ha planeado para no menos de cinco días, “Murillo” parece más un actor de cine que un pescador; pues su rostro se parece mucho al de Morgan Freeman, el protagonista de muchas producciones americanas, que recientemente hizo de Mandela en la película *Invictus*.



El mundo de la pesca también se ha rendido a los pies del celular.

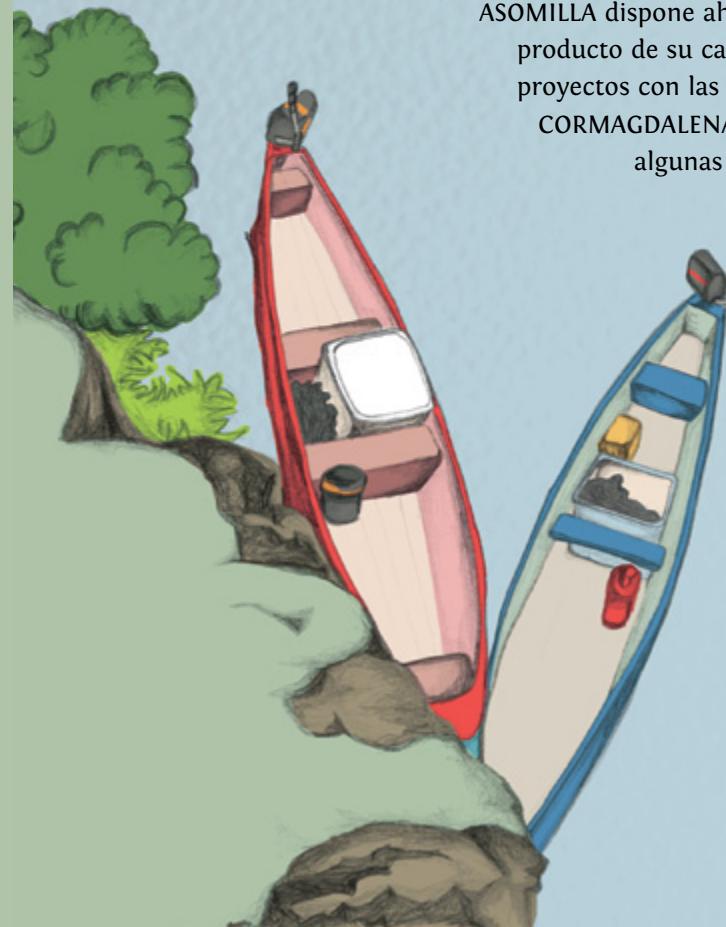
Gracias a él, “Murillo” supo que su compañero estaba por llegar, y en efecto, en cuestión de segundos éste hizo su entrada con el motor de la otra canoa al hombro; y gracias también a los celulares, “Juancho” y sus compañeros de espera supieron que Armando estaba igualmente muy cerca, que navegaba ya sobre una de las últimas curvas de su recorrido, junto a Sebastopol. Todos entonces se levantaron para verlo llegar con la ilusión del que aguarda a un compatriota que está por arribar a la meta a la cabeza de una competencia.

De repente, la embarcación apareció a la vista, sobre la margen izquierda del río. En uno de los extremos venía su conductor y en el otro, cuatro jóvenes que no paraban de reírse y mover sus manos en señal de saludo, a la distancia. Al llegar a la orilla los ocupantes de la embarcación desafían entre chistes a los compañeros que los esperaban. “¿Dónde están los compradores? Que se vea la plata, pues...” les gritan desde abajo. Myriam, la esposa de “Juancho” desciende por las escalas hasta la canoa y una vez allí, abre la nevera; y mientras mira en su interior, les responde con tono irónico: “Nooo, definitivamente perdieron la noche. Aquí no hay nada que valga la pena”. Y en cuestión de segundos, como unos peces que muerden los anzuelos, ellos comienzan a sacar los pescados, que ahí sí, literalmente, cayeron en sus redes: Bocachicos, Blanquillos y mucha “Gata” es el rumor que toma fuerza entre quienes se quedaron arriba, un grupo que ahora es más numeroso, pues se han sumado otros cuatro jóvenes pescadores del barrio, entre quienes están dos chicos que deben soportar con estoicismo las burlas de

todos mientras suben por las escalas de este improvisado muelle, las atarrayas que traían los de la embarcación; las suben sobre un tronco de madera, uno sosteniendo cada punta, mientras los viajeros vuelven a encender el motor para continuar el recorrido hasta el puerto, en donde venderán los pescados, para repartirse luego lo que les deje dicha venta y sacar de allí los gastos relacionados con la alimentación y el combustible que haya consumido la lancha.

ASOMILLA dispone ahora de varias canoas y de una sede como producto de su capacidad para gestionar y ejecutar diferentes proyectos con las corporaciones ambientales (CORANTIOQUIA y CORMAGDALENA que son las que trabajan en esta zona) y con algunas otras entidades como ISAGEN, TRANSMETANO y la Alcaldía Municipal. De esta manera, son

muchos los beneficios que reciben los asociados. Al utilizar, por ejemplo, sus canoas éstos sólo deben reportar al final de las faenas, los gastos derivados de la cantidad de combustible utilizado, y dicha suma va a los libros de contabilidad con el objeto de revertirse luego en otros programas que redunden igualmente en beneficio de sus afiliados. De manera muy similar opera la otra asociación de pescadores del Municipio, ASOPESCA, que cuenta con 33 asociados. Se calcula que en Puerto Berrío unas doscientas familias se benefician de manera directa de la pesca.



“Murillo” y su compañero encienden los motores de su canoa para irse al igual que los pescadores que acaban de llegar rumbo al puerto del pueblo. Allí, los primeros harán su última parada para comprar el hielo y algunas otras provisiones antes de embarcarse hacia Río Viejo, el sitio que han elegido como estación central del viaje, y los segundos esperan hacerse al dinero que justifique el trasnocho que se refleja en sus rostros. *“Así como lo general es que haya dos jornadas para pescar, una que va entre las seis o siete de la mañana y las cinco de la tarde; y otra, nocturna, que va entre las cuatro o cinco de la tarde y las seis o siete de la mañana, los pescadores podemos escoger un sitio para hacer desde allí todos los lances o irnos en barrida de un lugar a otro, dependiendo cómo marche la situación”,* explica Murillo antes de arrancar y perderse debajo del puente monumental.

Adentrarse en el río es lo que más disfrutan los pescadores, un oficio que les resulta muy atractivo a muchos de ellos por varias razones: se basa, en gran medida, en la camaradería de quienes acometen las expediciones; en éstas todos trabajan por igual, y no hay supervisores o jefes que den órdenes irrevocables; se trata de un oficio en el que los trabajadores eligen los horarios; no es necesario haber estudiado sino tener la actitud para aprender sus secretos sobre la marcha, a base de las experiencias que se derivan de las faenas diarias; y aunque hay veces en que se gana

### *Los pescadores de Berrío*

*“Este río de la Magdalena es un ameno paraíso que deleita a los que en él navegan todos los sentidos del cuerpo, y en cuanto a la vista ofrece tanta variedad de objetos, que para ello era menester mucho papel para escribirlo y yo tengo poco...”*

De la crónica de Fray Juan de Santa Gertrudis, 1760. Tomado del libro: Agua y Memoria, compilación Jairo Osorio G. Coordinación Editorial: Luis Fernando Calderón. Editorial Universidad de Antioquia, 1993

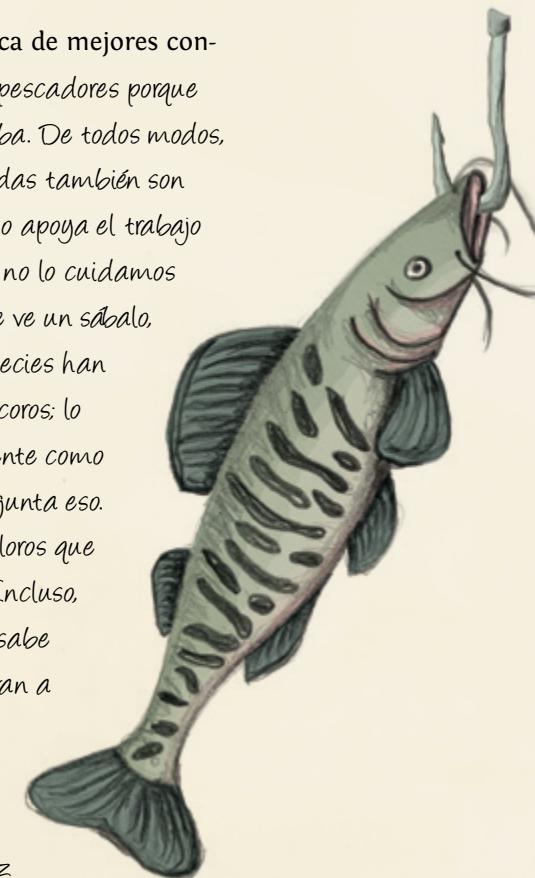
muy poco, siempre existe la ilusión de ganar mucho más, *Yo creo que los pescadores nos parecemos mucho a los mineros en que siempre nos levantamos con mucho optimismo; y para acabar de ajustar, las cosas aunque se pongan duras, como dice la frase Dios aprieta, pero no ahorca, pues ahí están las dos subidas del año para cuadrarse un poquito, y en fin, uno se va yendo así, de día en día; y esa mentalidad de minero es la que tenemos que cambiar al entender por ejemplo, que el río y las ciénagas nos lo dan todo, y por eso mismo, no podemos darles la espalda. Pero además, el río y las ciénagas no sólo nos benefician a los pescadores, lo hacen con todo el mundo. ¿Qué sería de Puerto Berrío sin el río Magdalena? Entonces, hoy por ejemplo, estamos en plena época de veda de los bagres, y ahí pierde mucho el pescador. ¿Qué se podría hacer? Crear para estas épocas unos convenios para que los pescadores durante este mes limpien las ciénagas, por ejemplo, y no se les persiga simplemente para ver si pescaron un bagre y meterlos a la cárcel”,* comenta José Ángel, representante de ASOMILLA.

Nadie mejor que los pescadores de una zona para hablar de sus ciénagas. La gran mayoría de ellos en Puerto Berrío las han recorrido y saben sus nombres: Chiqueros, La Samaria, Barbacoas, Morela, Tablazo, Caño Negro, y Cachimberos. Se trata de esos cuerpos de agua que todos han navegado muchas veces a través de los años, sobre todo, a finales de abril, cuando los peces escasean en el río y para ellos es usual ir a pescar a ellas, a “desamargarse”, como lo llaman algunos cuando se trata de pescar para el sustento. *“Las ciénagas son*

Las casas de los peces, y por eso hay que protegerlas. Nosotros hemos participado de muchos convenios para limpiarlas tanto con ASOPESCA como con ASOMILLA y con la Asociación Ambiental La Montaña. Esos trabajos nos han ayudado a entender por ejemplo, qué clases de árboles debemos sembrar en las orillas al observar cuáles resisten mejor las inundaciones y cuáles no se traen los taludes por su peso, y por eso ya uno sabe que lo recomendable es sembrar **Los Platanillos, Las Palmas, los Suribios, unos arbustos de Lulo;** mejor dicho, cuando uno se acerca a la naturaleza y la observa con cuidado, ella es la mejor maestra. Uno ya sabe en dónde es urgente quitar la tarulla, es decir las plantas invasivas, y hemos hecho también, un trabajo con algunos ganaderos para concientizarlos de que estas son las zonas de amortiguación durante las temporadas de lluvia, y que por tal razón no se deben secar, que eso está prohibido por ley. Pero claro, a la gente le cuesta pensar que lo que está dentro de sus linderos sea tierra de todos, y menos aún si es un pescador el que va a explicárselo", comenta Julio Marín, representante de Asoambiental La Montaña, una organización que suele trabajar de la mano con muchos pescadores de la región.

Las subidas representan las épocas de bonanza para los pescadores. Estas ocurren dos veces al año, entre diciembre y enero y entre agosto y septiembre, aunque esta última es más corta y en menor proporción, razón por la cual se le llama subida de mitaca o "traviesa". Durante estos periodos, el nivel de las ciénagas, el río y las demás áreas inundables desciende, lo que obliga a muchas especies a

recorrer dichas aguas a contracorriente en busca de mejores condiciones. "En esas épocas todos se quieren volver pescadores porque en apariencia la plata está ahí, nadando río arriba. De todos modos, los pescadores antiguos sabemos que las subidas también son ahora menores que años atrás. Por eso es que uno apoya el trabajo de las corporaciones, porque uno sabe que si esto no lo cuidamos puede ser peor. Por aquí hace diez años que no se ve un sábalo, los pescadores jóvenes no los conocen, y otras especies han disminuido como los Cuchos o Sarcos y los Coroncoros; lo mismo que las babillas y las tortugas, pero la gente como no vive de los animales como nosotros, no se pregunta eso. ¿Quiénes en el pueblo se ponen a pensar que los loros que antes venían por miles han disminuido? Nadie. Incluso, no faltará a quien le parezca mejor así, pero uno sabe que uno come del río y que los hijos también lo van a hacer, muy seguramente. Claro que también se puede ser optimista, mire que este año volvió La Doncella o "la gata", como nosotros la llamamos. Hubo embarcaciones que cogieron ocho, diez y hasta once arrobas de esta especie; eso quiere decir que se volvió a repoblar. Entonces, sí se puede" comenta Murillo, mientras camina por las calles aledañas al puerto, antes de comprar el hielo que se llevará para sus faenas.



Así como se habla de subiendas, a la fecha de este escrito, septiembre de 2012, la veda es otra palabra que circula con mucha frecuencia entre los pescadores de Puerto Berrío, pues entre el 15 de este mes y la misma fecha de octubre está prohibido por ley capturar y comercializar Bagre Rayado, una especie que desova por estos días y cuya población ha disminuido notoriamente; con ello, se pretende proteger su ciclo de reproducción. Los pescadores cada vez toman mayor conciencia de ello, aunque el tema no deja de generar chistes entre ellos; sobre todo, cada que alguna embarcación arriba al puerto, pues enseguida son los mismos colegas de sus tripulantes los que saltan en manada a abrir las cavas, mientras intentan interpretar los movimientos que haría un policía.

Así, entre chistes y faenas, los pescadores de Puerto Berrío se renuevan de generación en generación. Viejos y jóvenes siguen yendo juntos, día tras día, por las aguas del Magdalena en busca del sustento para sus familias; lo mismo en temporadas buenas como las subiendas, como en las “épocas de vidrio” que es como los viejos denominan a esos infructuosos días en que ni siquiera se logra pescar “el tolillo”, es decir, el pescado para comer mientras se está en la faena. Sí, eso es la pesca, un universo propio, repleto de códigos y secretos, que por fortuna se hallan cada vez más ligados a la protección de su entorno, pues la vida misma les ha enseñado a los pescadores que los próximos que irán por esas aguas, los próximos que escribirán la historia de la pesca en su región, serán muy probablemente, sus hijos.

PUERTO BERRÍO, SEPTIEMBRE 2012

## AGRADECIMIENTOS

Desde las subdirecciones de Calidad Ambiental y Ecosistemas se vienen adelantando acciones para proteger este líquido esencial para la vida. Saulo Hoyos, Juan Camilo Restrepo y Oscar Mejía de CORANTIOQUIA, participaron activamente en la construcción y enfoque de las experiencias aquí descritas. Agradecemos a las personas que protagonizan estas crónicas: campesinos, pescadores, servidores públicos, líderes cívicos, geólogos y promotores ambientales, que a través de esas pequeñas grandes acciones que emprenden a diario en sus comunidades se convierten en verdaderos educadores ambientales al promover otra ética para habitar los territorios que pisan a diario; al reinterpretar esos espacios a través de unas miradas que privilegian lo colectivo sobre lo individual; al valorar el agua como ese recurso común que no conoce fronteras, que todo el tiempo nos recuerda con suma discreción la fragilidad de la especie humana.

Este libro editado por  
CORANTIOQUIA, se terminó  
de imprimir en el mes de  
diciembre de 2012, en  
Medellín, Colombia.